

BUEN HUMOR

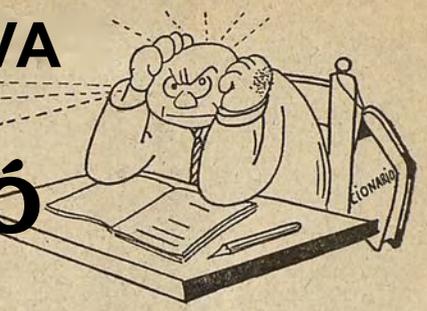
40 años de ENTIMOS
BIBLIOTECA MUNICIPAL
MARRERO S. C.



1x ME
 x i x t o k k o k
 k k - W + d i s s i a : i i v b i
 5050-25 K

SECCION tiCREITiVA

BÍÜEnHt1MÓ



por DIEGO MARSILLA

22.—En las religiones.

100 Z U

23.—Refrán.

B
VIRTUD

NOTA R

CAÑON 100

En la cárcel

Artículo Vago

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7

24.—Charada.

—¿Primera segunda usted en el paseo al total?
 —Prima que se fué al café.

25.—Hay mil obras literarias.

PIERNAS
 TRONCO
 BRAZOS
 MANOS

26.—Frase popular.

A LA
 5009
 —
 500
 RIO

27.—Para divertirse bien.

S I I
 FALDA LOTE 500

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

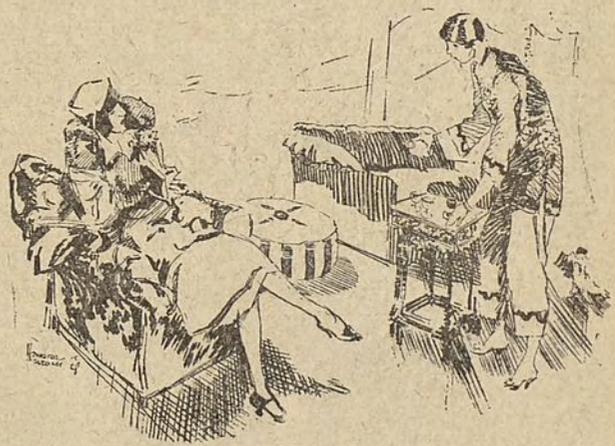
se venden en la AdmiTiistración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificad-s si al enviar el importe acompañan 0.30 pías.

SORTIJAS DE SELLO

Vende las mejores la casa SANJURJO, de oro de ley desde 9 ptas- chapadas en oro desde 3, grabadas en el act*. linvio a provincias remitiendo medida, ioiorte y franque*.

Santo Domingo, número 5- Madrid.

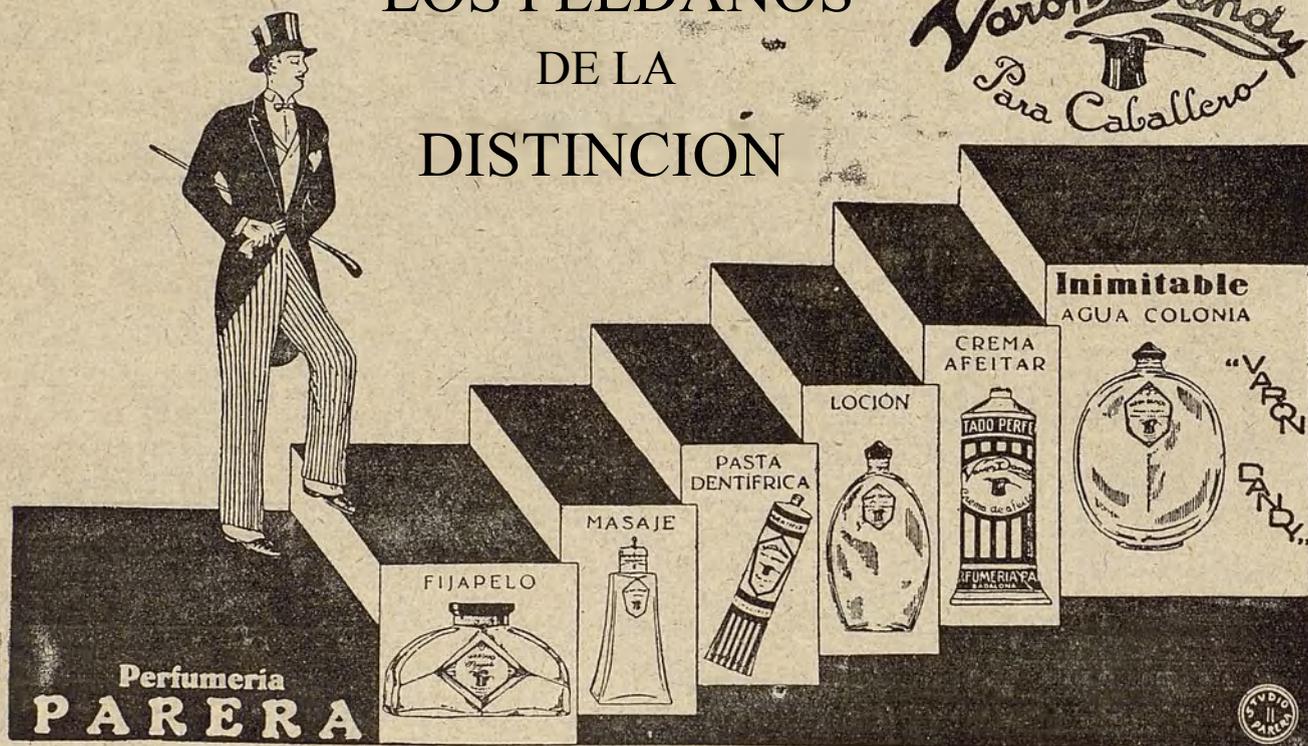


—¿Ha entrado a servir en tu casa mi cocinera?
 —Sí; pero no te preocupes. No la creo la décima parte de lo que dice de ti.

(üe Lmxion Opinion.)

LOS PELDAÑOS DE LA DISTINCIÓN

Varón Dandy
Para Caballero

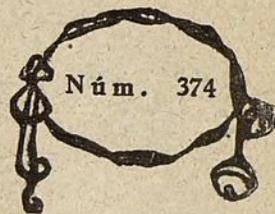


El legítimo «Varón Dandy» sólo se vende embotellado. A granel, es siempre falsificado



El editor.—Para que yo publique novelas es necesario que el nombre del autor sea muy conocido.
El autor.—^Más conocido que el mío... ¡Me Hamo Pérez!

(D« The Passim Skmn, Lon«Ires.»)



CHARLAS DOMINICALES



IMPOSIBLE hablar de otra cosa.

La gripe se impone como tema de actualidad y como toma de aspirina.

La joven enfermedad (nació hace poco) se va desarrollando rápidamente.

Sus síntomas son fácilmente perceptibles.

Lo primero que nota el invadido es algo así como si escuciase a una segunda tiple.

Destempladísima.

La gripe nos escalofría (y digo nos, porque yo también la tengo), hacéndonos sensibles, igual si fuéramos bolsistas, a los menos "cajnbios". (De la temperatura, ¡claro está!)

Unas veces, la fiebre se presenta tras estos escalofríos.

Otras veces, la que se presenta es el médico, llamado por nuestra familia sin que nosotros lo sospechemos. (¡Qué encanto de familia!)

Entonces escapieza el peor período de la enfermedad. Si, porque el doctor, para confiar, nos y quitarnos apremiados, hace caso omiso de nuestro dolor, y nos relata el argumento de una revista Velasco, o nos cuenta un viaje fantástico, o se nos muestra entusiasmado ante el valor del Niño de la Palma... Total: "charlas líricas",...

Y eso, no.

El médico debe dar importancia al mal, aunque desde él no sepa una palabra. Para eso se le paga... algunas veces.

Claro que esos otros doctores convencidos, también suelen darnos cada susto, que ya, ya!...

Su modo de proceder siempre es el mismo.

Nos toman el pulso consultando el reloj y arqueando las cejas. Nos levantan o incorporan de lado, nos auscultan, nos hacen contar hasta el número 6.537; sacan del bolsillo una especie de micrófono con dos auriculares pendientes de dos tubos de goma (algo así como un pequeño aparato de "radio"): nos vuelven a escu-

char con el «¿s»; y no sueltan una palabra, ni dejan traslucir la menor impresión durante los quince eternos minutos que dura la faena exploradora.

—¡Qué me estará notando este tío! —noe preguntamos in mente, y con el poco respeto de llamar tío a un hijo de Hipócrates.

—Esto no es nada—dice, por fin, el galerista, guardándose la galena y los auriculares en el bolsillo del gabán—, finita del tiempo... La gripe... Lo dicho; nada,...

Y para certificar este alerta, manda en seguida por unos sellos; o bien por una purguita suave (llamando suave al ricino, que... ¡maldita sea el aceite!)

La gripe, hasta ahora, presenta formas leves. Como las que presentan esas artistas que aparecen retratadas en la primera página de "La Voz". Y, por lo

tanto, no hay que tenerla mucho miedo.

Conviene, sin embargo, una severa profilaxis.

Habiéndose observado que Pilatos jamás padeció esta infección, se ha deducido lo conveniente de lavarse las manos con frecuencia para evitar el contagio.

Muy profiláctico es, también, respirar el aire libre, un aire sin "Censura", libre del todo, y que, entre en los pulmones como Pedro por su casa (o como Muñoz Seca por casa de Taja).

Preciso es evitar los locales cerrados, (no vayan ustedes a los sótanos del Banco de España, sección de "Cajas de caudales", porque será inútil.)

Tampoco se deba llevar mucho abrigo. En casa y en conducta conviene siempre cierto desahogo.

Respecto al peligroso contacto con personas enfermas, ¡qué liemos de decir!... ¡Allá cada cuál!...

El que quiera seguir asistiendo al día, que asista. Quien goce en las platifotomas del tranvía, que goce. Pero ya saben a lo que se exponen estos amigos de los contactos.

Pocas palabras más tenemos que añadir a tan sanas recomendaciones.

No somos amigos de los consejos. (Ni siquiera de los Consejos de ministros.) Pero tampoco nos gusta dejar a nuestros lectores en la ignorancia.

La "profilaxis" aquí vertida se la debemos (con tres visitas) a un doctor higienista de bastante fama.

Si ustedes quieren picar, pican; y otra cosa.

Lo evidente es que con bigote, sin higiene, desueltos o abrigados, solos o en compañía, ustedes la cogerán.

No se escapa ni el menor "netrin", por muy truda que sea.

¡Con decirles a nuestros lectores que hasta Romanwica han tenido su ataque de dengue!...

¡Ouro que la influenza del conde ha pasado ya!

¡Como la de tantos otros!



Dib. SILENO — Madrid.

LUIS DE TAPIA

Anuncio peliagudo

Voy a copiaros aquí,
porque es curioso, el notable
(prospecto de cierto estable-
cimiento de Chamberí.

“Lector: si te tiorba, el pelo,
ven y aquí no te irá mal.
¿Sabes dóde es? iuencaxcral,
«iento noventa, entresuelo.
¡Qué j)ersonal más galante!

y más guapo y máfi decente!
¡Vaya un servicio ex-celente!
¡Vaya un saJón elegante! ”

i Lástima que no existiera
cuando hizo el mundo e!f Señor!
pu« el primer pecador,
dejando a su compañera
y libando aquí en un vuelo,
de seguro hubiera dicho:

“Voy a gozar del capricho
de que rae oorten el pelo
en un saión sin igual.” ■*

Y hubiera venido a pie
al iento noventa de
la calle de Fuencarral.

En esta peluquería
tanto el servirse deleita
que uay hombre que aquí ee afeita
cinco o seis veeces al día.

¡Qué modo de jabonar,
y qaé pellizcos magnéticos!
¡Qué fijador! ¡Qué cosméticos!
¡Qué navajas de afeitar!

Se compone aquí muy bien
la. cabeza de •cualquiera;
no solamente por fuera,
sino por dentro también.

Entran locos rematados
en Mta casa y-(no guasa)
•sunien salir de Mta cafa
compleiamente curado^’.

Da. gusto pelaire aquí.
Te sientas en un sillón ;
te toman, tras la fricción,
el pelo muy bien, y así

como el cblflrlar s>empiteTno
de otros barberos te enfada,
éstos no te hablan de nada,
ni aun critican ai Gobierno.

Si una moza quiere aquí
que la pelen el cogote,
sabe hacerlo hapta el máe zot*
sin dejarla tanto a=i;

y si entra, una dama vieja
con un bigote impon-jiite,
Ueva, a] saJir, totahuente
satinada la pelleja.

Lector, ven; acudo ni cebo;
que íquí, con buenas maneras,
te frotarán lo que quieras
y te pondrán como nuevo;

y aJ da^rte las manotadas
y echarte las tenacillas
no te oileráo a colillas
ni ^ judías estofada:?”

Conque, e; te estorba el pelo,
ven, que aquí no te irá mal:
Ya lo sabe?: Fuencarral,
ciento noventa., entresuelo.”

(“Nota. Al públipo ilustrado.
No confundáis este honrado
salón de peluquería
c</n una salchichería
que hay en la casa de al lado.”)



—Yo creo que todos los hombres sienten predilección por algo. Yo,
por 'ejemplo, no podría vivir sin mi perro. Y usted ¿siente debilidad
por algo?

—Sí, señor; siento debilidad por la falta de alimentos.

Dib. José ALFONSO—Sevilla.

Por la copia,

JUAN PEREZ 2UÑIGA

LOS EXITOS DE NUESTROS COLABORADORES

A^mor se escribie sin liacKe

Novela casi cosmopolita, por Enrique Jardiel Poncela

La *Biblioteca Nueva* acaba de poner a la venta, lujosísimamente editada y con un éxito fulminante de esos que quitan la cabeza y parte de la espalda, una gran novela larga—424 páginas—, humorística y magistralmente divertida de... ^de quién va a ser, señor?, de Enrique Jau^diel Poncela, de este demonio de Jardiel Poncela, que es, sencillamente, el “amo”.

Le hemos preguntado si él quería que dijésemos que es el amo, y ha contestado que “Buepo”, y que en el mundo no existen mas que dos cosas que le quiten el habla: las mujeres y el cloroformo. Y después de esto, le ha dado tres vueltas más al bastón y se ha quedado tan tranquilo.

Nosotros tendríamos que elogiar aquí *Amor se escribe sin hache*; pero ese es un libro del que no se puede hablar: hay que leerlo, y además ocurre con él una cosa muy rara. Lo coge uno, empieza uno a leerlo a las once de la noche... y cuando quiere uno reccirdar scm las nueve de la mañana, y se ve que la criada está haciendo el desayuno. Y a todit esto se ha pasado uno la noche preguntándose:

—Pero, señor, ¿cómo se le pueden ocurrir a un solo hombre tantis cosas tan extraordinariemnte graciosas? ¿De dónde sale tanta extratagema original, tanto truco regocijante, tanta situación indescriptile, tanto tipo inesperado?

En fin, léanlo ustedes; léanlo ustedes y verán lo que es pasearse por Europa de la mano de un estilo archipintoresco e inconfundible. Léanlo ustedes o no vuelvan a dirigimos la palabra

El libro de Jardiel Poncela, por su forma y por su fondo, es una revolución en el difidl arte de hacer humorismo. Y es la sátira niás formidable que se ha escrito de las empalagosas novelas llamadas de “amor”.

A continuación les brindamos a ustedes un p>equeñísimo fragmento {el más insignificante, porque no es cosa de desflorar el libro) para que les sirva a ustedes de *vermouth*.

¡Ah! Ejicabeza la novela una larga autobiografía del autor, que es cosa de chuparse los dedos, incluidas las sortijas.

DE LA TERCERA PARTE

DEL CAPITULO SEGUNDO

Curioso episod o de don Chimborazo Popocatepctl



Nuestro encantador En ri quito Jardiel Pod-eela, ^gido de iniprviso exclusivamente para Buen Humor. Le publicamos así porque como hay *qivm* <3ce <lue tiene el pdo Ondulado y la boca pequeña y nosotros he* OJOS decidido no dejarles presuínir a los de Casa, cortando la *foto* le evitaremos a Jar-me! envidias y rivalidades de Jüon Gil-berf. (En la parte de la fotografía que aún se ve* está muy favorecido) _____ N. de la R.

Se 'cruzaron entre ellos todas esas preguntas propias de la situación y que el lector ya conoce de sobra, por lo cual escribiremos únicamente el prin<ápico de las fraies.

—Pero, ¿y cómo tú...

—¿Quién iba. a suponer que.--

■—¿Y dónde has...

—¿Por qué...

—Expícame el...

Etcétera, etcétera.

A una de las últimas preguntas de Zamb, Fermín contestó;

—¿Que si soy rico? Ter^o siete miUones de pesetas.

Zambombo hubo de haccr un violento esfuerzo para cerrar la boca, que se obstinaba en quedársele abierta.

—^Veo—agregó Fermín—que tú no andas muy bien de fondos... No te preocupes. Mañana abriré a tu nom-

bre una cuenta, corriente de tres millones. ¿Te conviene? ¿Tendrás bastinte?...

Zamb, súbitamente galvanizado por Ja esperanza, oprimió una de las rodillas de Fermín:

—¿Hablas, por casiaJidad, en serio? ¿No es una broma estúpida?

Fennín estuvo a pique de ofenderse:

— i Qué imbécil — barbotó —. Te merecías que liaWase en broma. Pero te hablo en serio. Tei^o siete millones de pesetas. ¿Tú sa.bes lo que dan de sí siete millones de pesetas?...

—^Dan de sí más que un jersey de lana—replicó Zamb, cue se había •puesto, de pronto, de un' excelente humor.

—Me sobra dinero—dijo Fermín—. Ayer mismo estuve pensando lo que podría ha<?er con e5 dinero que me

¡Jbra. Dudaba entre edificar un sanatorio de tuberculosos o montar una fábrica de patatas fritas.

—Da lo mismo—aolaró Zamb—. Y para las dos cosas tendrías muoh.o público.

—^Pero hoy ya no dudo. Los tres jnülones que no me hacen falta, pasarán a tu poder.

—^Pues, ehioo, no te doy las gracias, porque me parece inadmisibile utilizar esa fónnuia que se anplea cuando íe regalan a uno un cigarrillo, para responder ai r^alo de trÉS millones de pesetas.

—Sí, verdaderamente... Debía de existir otra palabra más importante paja estos casos. Digan lo que quieran, el idioma español es pobre, ¿no?...

—No ís o.ue ei idioma español sea pobre. Lo que sucede es que hasta allora no se había, dado el caso en Eg>aña de que un amigo le r^alace a otro tres millones de pesetas, y, i<darol, no ha hecsho falta inventar esa paiaabra nueva, que exprese el agradecimiento máximo...

—¿Y por qué n.o.k inventas tú? Puteto que al caeo se ha dado ya, es necesario inventar la palabra.

—Espera, a ver...

Zambombo estuvo un rato i>ensativp, mientras el auto corría, remon-tando la calle de Alcalá.

—¿Qué te parece carohodae?

—¿Cómo?!

—Cardhofas- En lugar de decir *¡muchas gramis*, se diría *¡m-uchas carcho fas!* Y en vez de decir: *Te quedo muy agradecido*, decir: *Te quedo muy escarchojado...* ¿Te gusta?

—Sí. Es bonito. Pero como se lo digas a otro que no sea yo, te rompen una pierna..

—Es que nadie en el mundo me volverá a regalar trffi millones de pesetas, y, por lo tanto, no tendré que decirselo a nadie.

—En ese caso...

—En ese caso, Fermín—^concluiyó Zamb, 'algo emocionado—, ¡te doy miles de *carchofas* por tu g^antesco regalo, y te juro se^enmemente que mi *escarckofamiento* será eterno!.....

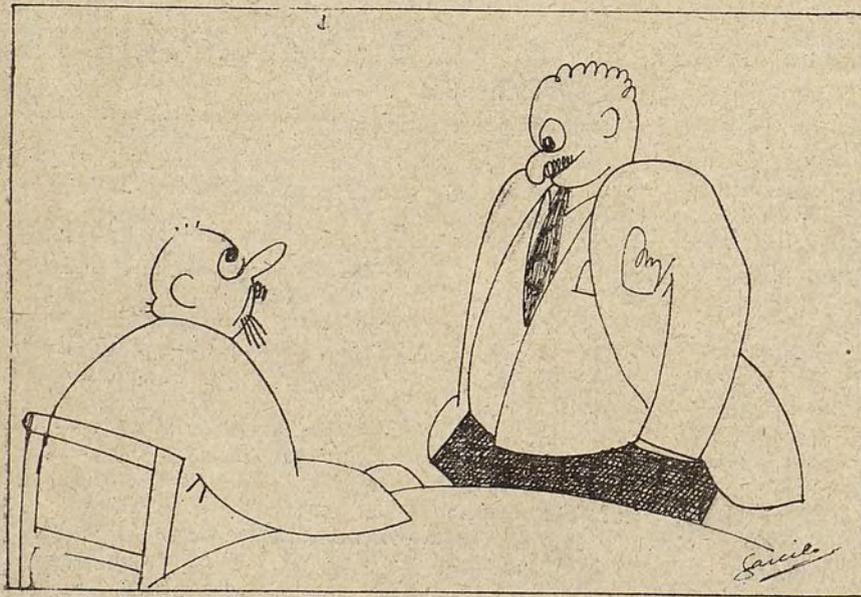
* * *

Quando el auto pasaba frente a la Escuelas de Aguirre, Zambombo preguntó:

—^Bueno, ¿y cómo te has arralado para llegar a rico? ¿Robando? Porque trabajando, es imposible...

—¿Robando?—dijo Fermín—. No. Soy muy bruto para saber robar.

—¿Estafando, entonces?... Pani estafar no hace falta ser intoligete; baste oon teaaer aspecto de hombre de n^;ooios y de persona formal.



—Estoy decidido a que mi hijo sea artista.

—¿Tiene alguna aptitud excepcional?

—¡Sí, ya lo creo; puede pasarse una semana sin comer!

Dib. GARCILÓ.—Barcelona.

—No. Tampoco he libado a rico estafando—^negó Fermín,

—iPuee exp^cans—rogó Zamb— cómo has adquirido la fortuna... Mejor dicho, cómo *hemos* adquirido la fortuna...

—Es una historia ourioisa. Verás...

Y Fermín contó lo siguiente:

—Una tarde, en esa primera hora en que los que tienen qué comen comen, y los que no tienen qué cmer emiten palabras feas, pasaba yo por una calle del barrio de Pozas.

—¿Cuál?

—No interrumpas, que está lloviendo.

Efectivamente; comenzaba a llover, y Fermín, después de elevar ios cristales 'de las ventanillas, siguió:

—^En la casa número 17 había un entierro dispuesto a ponerse en marcha hacia ¿ Ahnudena. Un entierro caro; un entierro de unas 8.000 pesetas.

—¿Siempre fuiste un 'buen tasador!...

—Si vuelves a interrumpir, me callo.

—Habla, pero dame un cigarro, porque es la primera vez en la historia que un individuo comienza una narración án repartir tabaco entT.* sus oyentes.

—Verdad. ¡Toma! No me extrañó que el entierro fuese caro; pero ei me extrañó muchísimo que no llevase detrás acompañantas. Enerrado el aroón mortuorio Cn el •oohe fúnebre, éste se puso en marcha- seguido por un solo automóvil, absolutamente vacío, ¿Quién será esta pobre persona, al parecer rica, que se halla tan abandonada en el mundo?, me preguntaba yo, parado en lo a'Cera.. Y en esto, un caballero vestido de luto, de labios abultados y nariz prominente, que, visto de per&I, tenía cara de serrucho, se dirigió a mí para decime:

—¿Vamos?

Yo, por no contrariarle, le repliqué:

—Vamos,

Y ambos echamos a 'andar detrás de la •carrosa n^egra.

Recorrimos varias calles sin cruzar la palabra. Eu' una plazoleta, el coche negro ee detuvo. Nosotros noe detuvimos también.

—Aquí se d^espide el duelo—anunció el caballero de 'la cara de serrucho—. ¿Se queda usted o sigue hasta el cementerio?

Dudé, desparramando una mirada & mi alrededor. Vi que uno de los caballos empenachado agitaba de alto a bajo su cabeza, como si dijera ■que á, y jugando aa.uello de buen augurio, contesté:

—Sigo 'hasta el cementerio.

—^Eintonoes, permítame que le «frezca un sitio en mi automóvU.

Y el caballero de la cara de serrucho me hizo subir al auto vacío que escoltaba el duelo. Ya «n mar-ciha, me dijo con tono oonmiserativo:

—Qué desgracia, ¿eh?

— ¡Tremenda!—«reclamé yo, poniéndome en situa^ción y confiando •en que acabaría por enterarme de

quién' era eL muerto y de las circunstancias de la dedada.

—Quién iba a pensar que don Chimboraaoo...

—¡Ya, ya! ¡Pobre Chimborazo! Diga usted, ¿ha muerto de una erupción?

—^No. De pulmonía triple.

—¡Es que tenía tres pulmones?

—Tenía todo lo que le daba la gana. Era riquísimo...

Al llegar al cementerio, yo sabía:

1-^{*} *Que el muerto se llamaba don Chimborazo Popocatepetl.*

2,[®] *Que era un mejicano millonario y sin jamiUa.*

3.[“] *Que no conoda a nadie en Madrid.*

4.[®] *Qv£ en la vecindad decían de él <pió estaba más loco que un cangrejo de río.*

5.[°] *Y que le había gustado siempre coleccionar pisapapeles.*

No era mucsho saber, pero era algo.

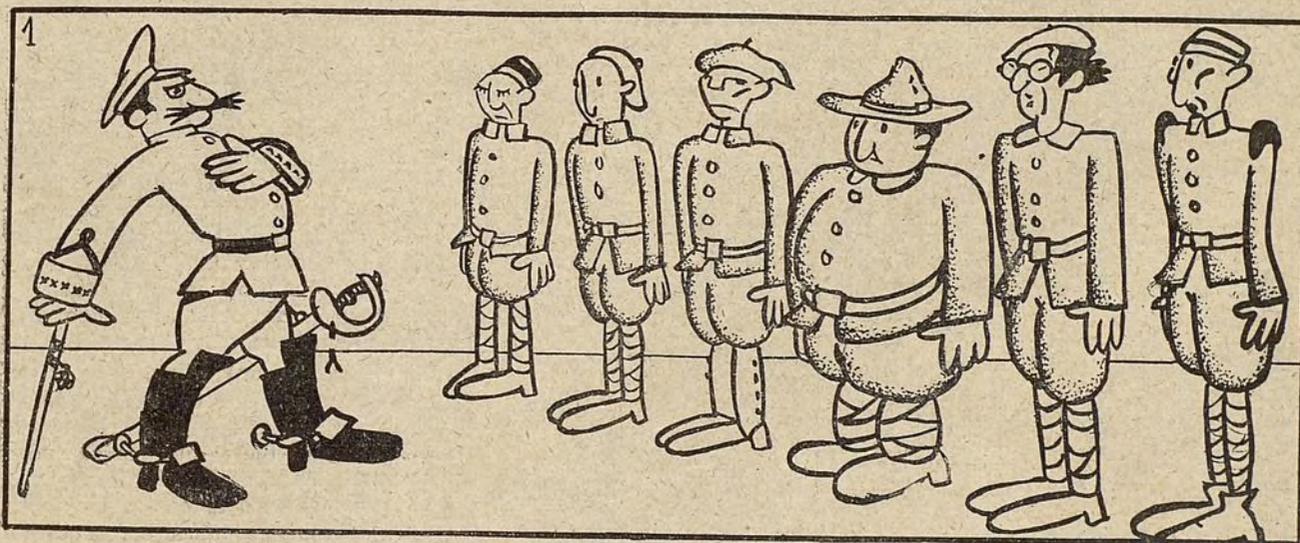
Don Chimborazo se dejó enterrar rápidamente y sin protestas. Un cuarto de hora después de haber entrado en la Almudena, salíamos de nuevo.

—¿Va usted a Sol?—me preguntó el señor de la cara de serrucho.

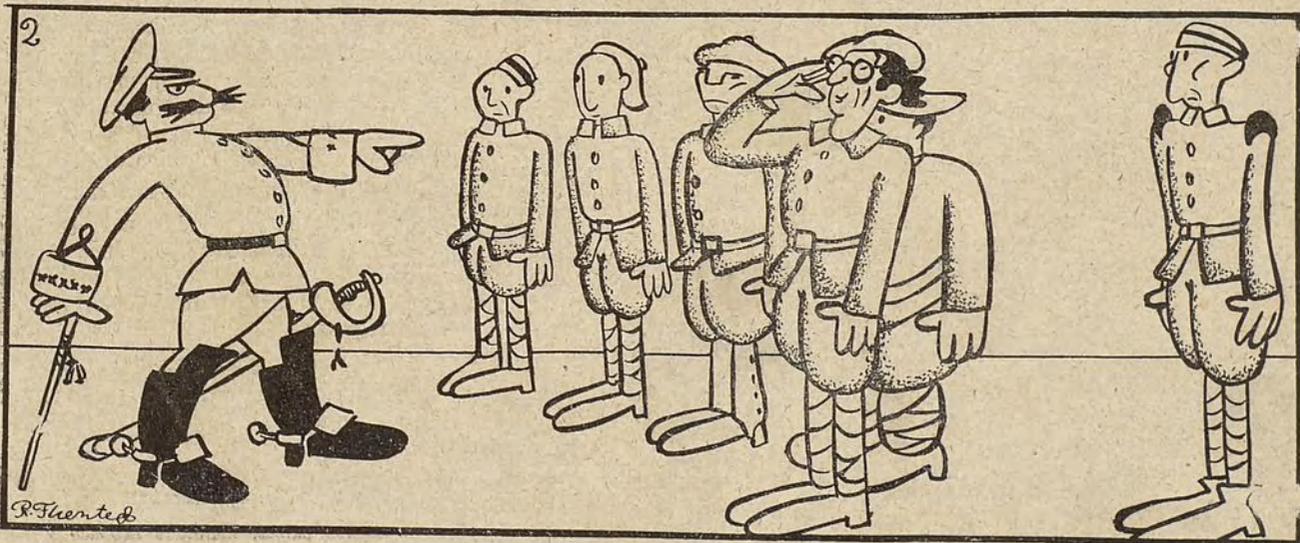
—Si,

—Le dejaré allí.

Y en seis minutos, ej auto nos llevó



El coronel.—¿Hay alguno entre ustedes que sea escritor vanguardista?



El recluía {que vislumbra el empleo cómodo).— ¡Yo, yo. mi coronel!

El coronel.—¡Bueno; coja usted una escoba y bana todo el patio!

a la Puerta del Sol. Me despedí de aquel caballero y sal-té a tierra. Entono^, él apoyóun^de sus inanos en mi hombro izquierdo y me tras-Jadó estas palabras extraordinarias:

—Tengo el giisto de comunicarJ«, señor, que don Chimborazo Po-poea-tép«!, que' en paz descansa, ha dejado su fortuna a todas las personas que asistiesen a su entierro. Soy el notario y he seguido al coche mortuario hasta el cementerio «on el exclusivo fin de dar fe de los asistentes al aoto. Ahora bien: como el único asistente ha sido usted, usted es el heredero universal de don Chimborazo. Su fortuna as-ciende a siete millones de pesetas. Tenga, pues, la bondad de pasarse mañana, a las cinco, por mi despacho, para formalizar las «osas...

Cuando acabó de hablar tí señor de la cara de serrucho, yo había perdido el conocimiento y tuvieron que meterme en volandas en una farmacia.

Hasta las dos de la madrugada del día siguiente no recobré el habla. Hasta una semama más tarde, no empecé a conocer a las personas, Y tardé un mes en poder firmar de un modo í^ible.

Zambombo estaba maravillado d:l episodio de don Ohimborazo. Fermín conolujó de esta manera:

—Comprenderás—le dijo a Zamb— que a mi me hablan mal de don Chimboraeo Popocatepetl y asesino con dinamita al que sea.

—Claro, olaro...

—Y te explicarás también por qué venimos al cementerio; todas las se-

manas le traigo Sores a don Chimborazc; pero no un ramo ni dos, sino cien kilos de flores cada vez. ¿No las ves. aihí delante?...

Y señaló al frente. Por los cristales del parabrisas, Zamb desoubrió^ abriendo marciia, el "taxi" cargado de floree que tanto le había extrañado al pasar por la Puerta del Sol.

—Y los primeros de mes—añadi-< Fermín—me hago acompañaj de un pirotécnico y, delante de la tumba de aquel santo, que se llamó don Chimborazo Popocatepetl, quemamos una vistosa colección de fuegos artificiales.

—¿Te lo permiten los guardas der cementerio?

—Con oro todo se alcanza—sntenció Fermín—. Los únicos que no me perdonaban las sesiones de pirotecnia eran los fuegos fatuos. Afortunadamente he hecho correr La voz de que ellos brillan más que mis f egos artificial^, y, como son ktaioa, se l» han creído fáchmente y ahora viven tan satisfelchos y tan orondos...

—Veo que sabes ser agradecido...^ murmuró Zambombo, poniendo cara de circune^Doias agrava;ntes.

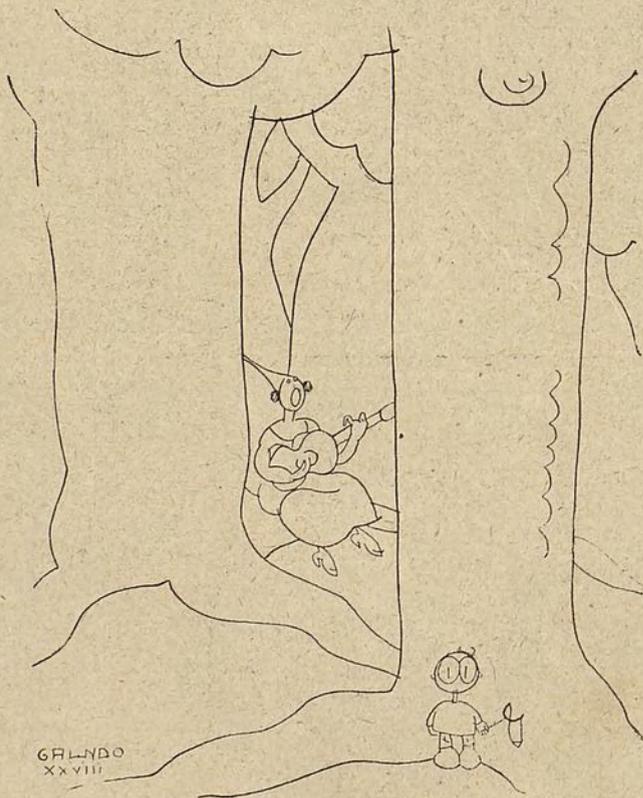
—^¿Agradecido? Fíjate en éste detalle: ¿te acuerdas de que uno de los caballos del coche fúnebre de don Ohimborazo fué e' que me decidió a llegar hasta el cementerio la tarde de autos, moviendo la cabeza de arriba abajo, como si afirmase? Pues he comprado el caballo a la Empresa de Pompas Fúnebies, y je he construido una cuadra para él sólo, con alfombras, cuarto de baño, sala de billar y aparato de radio de cinco lámparas. De alimento no le doy más que remolacha, que para los caballos constituye una deliciosa golosina.

—¿Y el animal está contento?

—¡Contentísimo! Lo malo gs que, como la remolacha produce tanta azúcar, se está volviendo diabético. Pero se curará, porque ie he puesto a régimen.

—^¿Y el régimen en qué con.Hete?'

—En no permitirle mojar pao en, las comidas.



EN EL BOSQUE.

El chico.—¡Atiza, un hada! ¡Cualquiera la dice que he venido a cazar pájaros! No puede uno saJir tranqirilo de casa.

Dib. GALINDO.—Madrid.

Es propiedad. Derechos reservados para odoa los países, incluidos Mónaco y Andorra.

yes. *Have non hananas hy* Enrique Jardiel Poncela. 1928.



—¡Mamá, qué contentita estoy! ¡Ya he matado dos moscas con el matamoscas!

Dib. BERGSTROM.—Paris.

MARRULLERIAS

El oiliio al gato mie ha acompaña- do .9jetiiiiE>re a través de mi existeida. Cuantas -v««s quiete snistituBr ese seii- limiienKi potr otro aii que d amor, o al im'enos UIM, «wités ■iind. iiercincia, fue- se isiu práicúpal iigrfedieiiitie, he obte- niido U11 fwlcaiso caitegróro. Hay co- fas qu« se elevaiti sob-re los Mmitts humanos, como «l aiemoiplano s« e'leva inajestuioso, ail arrullo die sojs moto- ress,-soibuie 'ias piroioetlosajs olas ocieáná- í'as... (¡Qaié «ianill más bonittol) Aquí jiiie tseaiiei tnsrtedieis a OTI, que he toca- do ya d* ceinca «il éieiofo tle mi des- amor hacia Jos gatos, ob«itiaiido «i iinetvoapreciainkss y «n guandiurGes un cidio parfeicitameiitie @kfillia.no. Bien que la crudientoilai an« ob-Ega a proceder oon

oiarta ca'ieela... Yo no hablaTía' de etsitie modo oomo io hago, si no tuvie- s« la s«KTIiradibd de que 'todos mfe 5ec- toffies soai unios parfectois cabalkros, f'tica-oajjes de tras.Iladáir mis oaJabras a nin^'n ieniino. ¡Ah, no quiero pen- sair- lo Que soioedieTía si "ellosse enterasen dte que aún ©ersiste mi aaii- maidveia'S'L'ÓTi.

Ese renooir mio ail gaito lo «igendró uno que em casa poislaalmios. Era un gato negro, 3ie pek» sted^oso y brillan- te. Pero 'd hábito no han« al monje. Aquiel gaito tenía ■una caira de rufián y de "raita" qme no haibia oor donde oogerk.

Entire Mtsiiiucil, que así se, llaanaba el caito, y tía Evarista, habianse pro-

puesto amargarme 3a «xistemoia. Ma- rouel era el ojo derecho de tía Eva- rista. Tía Evarósta no habia tenido hiiios. AlcrU'nas vietoeis preguntaba yo a mi padrePor qué iki habia tenido hiiios tía Evarista. Paoá ■se tunbaba un poco, y niie reispondia: "Hijo mio, oorgiue es soliera-" Peto esto a mi no me s«nvencia. Allí , estaba Rosa, nuestra, veicinita, soiltera y con dos hilós corno dos tarJKToe- Pero, en fin, el ■caso es qu« 'tía Eivarista no te- nia hiiios. Cooisecuieiniicia die ello fué que dieiposató fntuos sius laifeiotos en Mainwil. Antes que ■! gato no exis- tia para eila nadiie 'Cm el mimdo. Mu- chas veces me .pnegronité confuso, el porqaié dle eslia <p<neiBersini:ÜB. Al fin

•crei cckm.pi'eiii'deirilo, pmes en-tre Manuel y tía Eva-niista adlverti cter.tiai s'ime'jainza, bastajrabe acentuada. Más QW se-mejanvza, 'e(na una iMieníádaid oasi oom-ikpit'a, y hasta sin al -cBisi, «ntre los rasgos fisonómicois <ic aimfeoB. La inisma, •caia, 'k>8 imiisimos ojos, Aguiái bjg-ctlie... He >die adivertir, sin embar-j'º, qw, pese' a mi desamiar haicia el gato, all «nmpairBiplie lqon tía Evari'sta no .pTOtfeindo -ofendieirlei nõ mancho in-e-nos. M« refiero a «flejar tin hecho oifrtro e iadnibitable.

Quizá de no 'existir tía Evarista, llo •hubiese yjo crtbndado <iesafe«to a MainuieJ. Pelro a tía Evariiste, ja des-boT.doida pasión que por «l' gat» sen-tía la ,-poíia wia ««dda, sdbre los ojos5. Man-uetl, jpaJra leilla, no- sólo era un galto 'bonato, die pielo fino conno ria, i>3e' die una iwiiinrcieBra, de raibo graò-sanuent'e ourv'o y rde ojos gmisieis como eJ cMo cruarndro «stà niulblado, simo q'ue además «TB. dia una calbaillerpoerddod sini l&niikfi. ManiuisI, segnin elllai, atesoraia todias Jais vriintuldeis galbunas y buena parte 'de Cias humomas. Era. asitruTO' Biunquie fnamcioi, valitente, bom-dbdotos, cortés, eapiléndido... En fin, una al-

haja- con ja-tas- Cierta vez lliwaron a casar unja querjai iconara mi Total, na-da: que «e me esioa\$PÓ «na piedra y harbía daid» en los ■onist'iaü'es <li una casa vecina, Md itiat mrirándome se-veraim.ente, leKclBainió:

—Eso es-tá muy mal!, sdbrrino. Aprendie die Manmiell, Jamás te habrás visto tñlair priedras a lais -rniteinas.

Bfeyé la rerabeza, 'ainojuadaido. El m-zonamiento «ie mii tía no tenía ré-plli'ca. Por más que nebniagué en mi memoiria, no reicordé ha/ber soTipren-diido a Man-u«! nrmiica ern -taJeis ocupa-õionies. MrarnruieJ, sin- diudó, ejra mejor qtie yo. Acaiso polr esto,- lemirpecé a tomairillei ojeriza. Beño 'Cuanido rompi las hostilEdaidies así % fue ■var-rios diae desjpués. Y aprottechramdo que tía Eva-nista esiarba- en 'l'ai ool:&ia, idréé una compidb, de torros, en que Majnfuel sería efl cornúipetto y yx> nada mienos que Belmornte. Cogí rum paño nogó y traité de haioer tooinprnsiuw a, Manuel su obligraidón. Peiv> Mantuí era muy toff-pie. Piieido aseertirair que 'no he ■visto nrunica ■un gaito tan 'aniniail. No sabía embostíT, se rjiimiitablai a dar vuuidtas del modb más estúpido, Irrrãtado, k

meti en cada oireja. run laipii'ero, a ma-nera die cuermros- Peax> n¿ aún así con-seguf nada, Aipenas vñose en ©l suelo, salió Etótea Qa cocina a una •vicTocidad, que mis que «in toiro, par-ecia un ex-prés. Verle mi tía de arqueJ modo y sa^ gritaindo, todio fié uno.

—¡EMes un iaifanve!—^baibotó, pare-oiéndbse más a Mamlefl -jiule nunca—. ¡Eiso no se Jiaice ocm jbs aniün&ies!— Y sigruió con un rwsaiio de impreica-cñoies y dernuestio«. Mam'uiell, pegadS-ito a isu falda, eai bie'sitraiba snis orejas jpara no perder sSlaiblal dte lo qt« se rdtecia, Ct>i -vier su oaipa rjI-uminada por ia satiafacioiõii, y hastia' mis pareció que efe rsominefa iburllonl;snieini», con un g>esrK> quieie pameicia: dreoir: "iAnida, para que te muelas rcommigo!" E-sa sonjra y eise gesto ihuVgaron dtñrlaiiKlie muchos días lan má riinterior, con más tesón q>ue mis dedos ihurgafcan -más narices.

Desde aiquei moim'einto nois declara-mos una guerra a muerite. El tenia, a tía Evrairistia para dierrfendcrflc. Yo no tenk a nadóle;; estaiba soáo en ei mim-do, reducildo a mis dóbi^Jcs fuerzas de niño. (¡Qué •lásemia me da de má!) Paipá, que hubiii&ra podido ayudarme, .proiesaiba cierto afe,rto a mii enemigo. Acaso por (rfazon-es rpartie.pnatllas, pues, según mamá discia' com ftvi: «eTiaiaft el autor die mis idias ejra un animail. En cuamito a mi miaKinc, Cie tteimía de-masJaido a tía Evariista para conrtra-dccirla. PorJeaito que aún llegaba máa aiáll que yo «n lo die ■enfriõinifii'arlla pa-fijjejdo oon rtil gaito. Sí, pomq'Uie según mu madre rrvunnuiraba algunas veces, tía Evarista ««nia nabo. Confieso que n-ujita lie vi eil rablo a tía Evarista. Cneo 'fundbidaimiefiite que e-sto era una exargimiciõin die mui mamá.

Esitaba, .puies, sollo. Sollo, como la «na; soito, colmo una. icalle en que no h'Uibiiese ipeosomas, m eoiches, ni itram-viaís, ni "autos", ni tiare. mii coineir-cáos, ni loasas... Había q'ue -luchar con-fiado «IB rdeioiBiõn die! Destino. Y Ole idáspu's'e a la ikichia, •con todo rei airdoT q'ue úní!;fetnueinite pporcionan las grandies reaiusas.

PiTonto rempezamoin lias escanaimuzas. Un 'tirón deí rabo, aihoira; un punta-pié, deapuiés, diario jad paisalr y como quien n» hraoe la 'COsa. Eil gaito, poff su parte, mie mdesrtaiba todIO' do posi-bte. Sie subía sobne miis napas; huro-



—¿Qué tal, señor García? ¿Cómo va por su casa?

—Voy en pijama, ¿y usted?

Dib. MIRÓ—Villa Sanjurjo.

neaba en nits paipes y ime los revo-
via; 'cuan-do yo itstiadliüba, daba tales
maullidõs que no lñania más remedio
que idiejar Jos Gltvpos y tñiaip&hainme a
jugar.

Un día, a'pr.o'vieidianjdo que tía Eva-
*nl4ta Mbta saHdo. doglpé atark del
raibo ■uma lata. HaJbía que ver a Ma-
nate! corrie'ndo' pdr los pasillos, mien-
tras h. Oaita, comio uii duieodie burlón,
saltlaba y retoaitaba con un estrépito
dte espaidañas. Bero aiyuella tñisnia
nicKlxe Se vengó al muy canalla. Bn-
fnasoado -eai Uos airdoires del jtiegvj, se
nue olvidó ir a oemair. Esto m« ocu-
rría miuy a Tueinrudo. La ■com'ida ha
sildo isúeimipne para mi algo secumda-
rrio y ■Siin limpor'teunicia. Acaso por esto
determiné, siieindio ya oniaiy'olr', haer-
me ipoeta lirico. El caso es que al lle-
gar a cB'Sa, haJ'ia más de uiia. hora
qu« todos haibían ioeiiado, Owno acos-
tuimbraiban en análogas cincuinlbinciasi
haibían a(Eyairtaido tni cena, dejándola
ai lado de la Itamfone. Hacia ésta me

tiilrigrí, n6-aimi,'én<3ic«me d« gusrto al pein-
salr « los saflimioueties que haibían de
namfnagiar—y alwara pwa siettnpT'e—en
¶as .pnc<fuiHtdtdlaidieB d« mi estómago.
Paro, joh, <id!Oir! los saíltnoneites ha-
bían deisalpairteicódo. Hay r'u« adver-
tir, fuana qie 'eil >kotor se dé cus-nta dte
la -magmiitid 'de mi desgrtacia, qu« aiCa-
so la úmioa niafleipia ailimienticia que
a mí me Ha ailucinado un poco, eis ésa,
rolliza y ooloiroidlav como cainupésma
de'novela pastoinil, que se tría en las
sañadas onidas de la mar y que «I vul-
go conoe (pcir el nombre ide salmo-
nete. ¡Y IDabiain <lesaipai«ciuidio! No m«
oaibái id'uda -áe quién ama «i ladióm.
MaiDiSeJ, y no oitiro qie Manxie.l. Salí
eichajido ochesbes por %js pupiillas.

—¡Oiga usted—linterpef-é a t'a Eva-
risOa, ipmsanitándiolle di -pUaito vaicio, en
el que 6ÓH0 queidaiban, allgiMios nestos
magullaidos die ttas que antes fñieran
áatoroBísimios peices fritosi—, ¿LES justo
esto? ¡Ahara no salidrá usied a ía dí-
feusa de Matuieil ¡Su Maaiueil, seño-

na, no eis más que un ladronzuelo!

Tía Evatisita se puso páuida. Juego
vesnde, amarilla después, y de coñor de
coninto, al fña.

— ¡Eres un ¿nsclenite! — barbotó —
¡Y te «stá báein «mffleaidol Si no vi-
nieras tamde, roo te pasaría; leso-

Qosedé tadotmibfladeci, aúUfJidjo- i Có-
mo! ¡Maimieí, no sólo no esiai un ra-
tero, sino qiae era um juez, el juez
ci-nicargaido die castigar mis Mtals! ¡Ah,
tía. Evairista, -tía Ewanistia! ¡Va iieteid
yOi colmando mi paoleiniciai

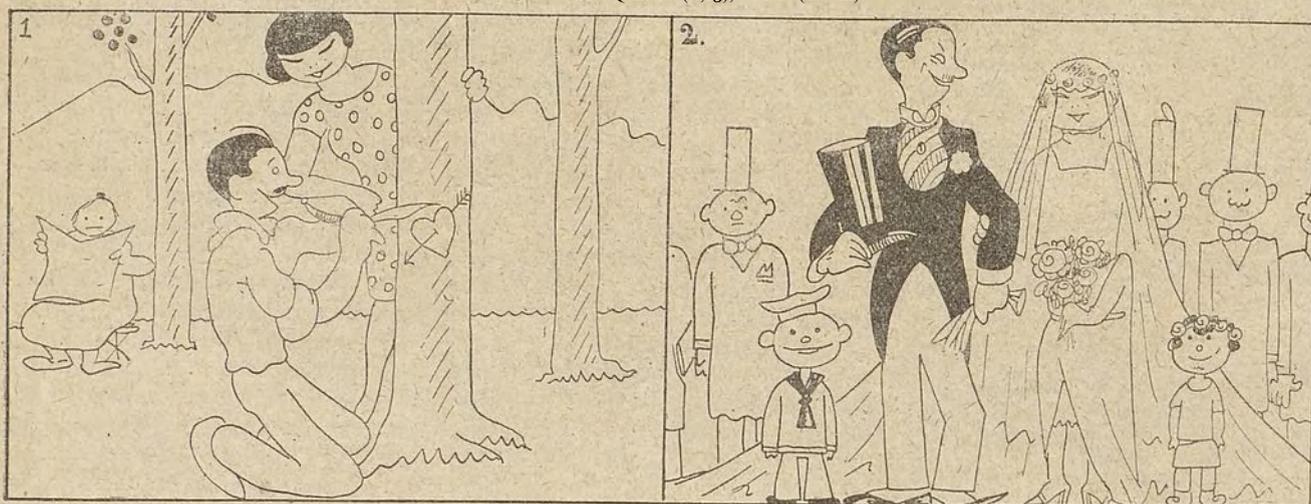
y -sòguitéio-n lías liosUOfidlades. Yo,
prociuirainidio moleistair todo lio posibte
al gato. El gaito, prooua^do moles-
tarme a mí. Pero yo ena más noble
■qie éi. Dtesdeñaba IU&ar ciertos re-
cums'os, que en iddo ínstantie mie pai-
EeaJeron iniéiigmots. El, no; él apelato
a todas ¡las aintimañas. Delbajo y en-
oiima de mi icauna oonietió miichas ve-
ces ecciones tan ludnies, que la phi-
m. ise nesistie a <describiüil^...

DIEGO PRADO DEL AGUILA



—¡Bueno; aquí no venga usted chillando, que en esta casa no se engaña a nadie! ¿No se le vendió a usted como artículo de reclamo?... ¡Pues ya está usted reclamando!

oib. GARRIDO.—Madrid.



Extravagancias de un amnésico

Desde 'hace, uos cuantos años soy víctima de la más tarrible enfermedad que puede sufrir un hombre: padezco amnesia, y esto ha sido causa de que me oourrieraa las mayores tragedias y de que haya sido protagonista de los actos mái boohornosce que ustedes pueden imaginar. Empecé a sospechar que había perdido la memoria- en una ocasión en que olvidaba todas las mañanas ir a la oficina; este detalle de tan poca importancia ©n mi naturaleaa enferma bien pronto me transformó de modesto recaudador de céduías 'persocales en famélico cesante; este fué mi primer ataque de amiieceia que ocasionó un serio descalabro en mi vida económica; desastre que aminoró el tiempo con el avance de mi enfermedad, que me hizo olvidar la existencia de! dinero; este ajcego me proporcionó momentos de intensa felicidad e;n mi vida, ya que mi pobre estómago pudo disfrutar de -los manjatree más deEcn-dos sin contribuir después cbn mi óbolo, aunqu* más tarde mis diges-tionee se resolvían pesadas . en los oscuros calabozos de la comisaría, en donde al cabo de las horas y después de meditada deliberación era puesto en libertad con toda c'ase de perdones por no haber conocido mi caso clínico.

Más tarde mis ataques fueron más frecuentes y de mayor trascendencia ; un día viajando con mi mujer, mis hijos y mi suegra, en el tren botijo de Alicante, distraidamente y en otro

acceso los dejé abandonado' en Chinchilla .en un cambio de tren; cuando ll'é a! final de mi viaje sólo eché de menos un magnifi-co paraguas, a, l que conservaba cierto cariño como recuerdo de mi primer ataque de amnesia, que hizo me lo llevase distraidamente de unn. v.:i-ta. De mi pebre familia nunca he vuelto a saber nada, y lo más terrible de mi caso es que no recuerdo de la cara de ninguno de ellos, -por lo que e] otro día a!>racé en plema calle a una señora creyendo que era mi propia mujer, ganándome, por mi inocente acpuivocación, un sO'berbio garrotazo de su enfurecido marido... y un duelo a pieta, concertado CT las condiciones •más terribles, y del que afortunadamente sa!i ileso porque se me olvidó ir, y en lugar de asistir fui a comprarme un par de calcetines. Este se^ndo ataque destruyó mi folid-dad en ehogar y puso -en entredicho mi honor tantas veces reconocido, en mis frecuentes altercados en las'plataformas de los tranvías y en las discusiones con los cocheros de punto.

Y ahora mi última preocupación es la- de mi nombre; no recuerdo si me ¡lamo Pedro López o Antonio Pérez, por Jo que desde hace unos días firmo con el nombre de Cristóbal Cf;-lón, de quien tampoco recuerdo quién



ora; pero que por una extraña asociación de ideas, se ha grabado en mi monte desde que el otro día- oí cantar el cuplé de la "garçon"; esta filarmónica sospecha me itaoe creer que uso el aipelúdo de algún músico célebre; todas e?tas tragedias, lejos de excitar Ja compasión de las gentes les produce la mayor hilaridad, y en el br-rrio que vivo, entre mi? amigos, paso poT el humorista más -célebre d'l mundo- ¡Esta es ía mayor ironia qie se cierce sobre mil, y siempre que p!Mieo en ella se ene escapa una lágrima y un subiró,

Y no quiero terminar estas verídicas declaraciones ein consignar mi última aventura debida a otro ataque de amnesia, por fe que mi nombre

ha corrido de boca en- J5aca, y por ia cual he sido condecorado con el Collar de la Orden de la "Mandíbula Batiéite", recompensa con que ee premia todas los años al primer humorii'ta d^L reino..!

Hacia, unos días que no salía de casa, sólo «ntregado. al r-ueño, sin acordairoe que me tenía que levantar; lio sé cuántos días pasaría de «sta manera, indudablemení« fueron muoños, quizás- año, porque me encontré con luengas barbas y -cera !os reiajes parados; mi despertar fué horrible, porque sin saber el día que empecé a dormir, ni el tiempo quo duró mi sueño no podía a^er%uar en el mee que vivía ni !a hora que era, esto último me inquietaba sobre manara, pue5 sintiendo verdadera nece-

sida4 de •cpme'r 't«inia hacerlo a una hora-que rompiera la austera y metódica vida que siempre obsen^é como funcionario del Estado; sin embargo, era necesario adoptar una resolución y puesto que acababa de leva-ntaime]>edí fili desayuno a mí portera, cosa que le hizo mucha gracia; pero como (¿taba acostumbrado desde lia-cía tiempo a e.)-citar la risa de la gente no me extrañó su carcaijada; tam-poco sabia en qué estación vivía el mundo, por lo que consuiité un Zaragozano que me acoaisejaba con sus> sabias imstraiciones que debía usar 'pantalón blanco y sombrero de paja; en cuanto salí a !a calle un frío espantoso hizo estremecer todo mi ser y mis ojos sólo vieron la oscurida-d má" completa ; esto último me desconcertó mucho, pues había hecho mis cálculoe con gran escrupulosidad que me demos-

•traba que eran las nueve de la mañana; pensé um poco y k trfljiquiuidad \-üh-ió a mi espíritu cuando cse m; ocurrió la idea de un eclipse de soi, suceso probable dado e! tiempo que yo no recordaba ninguno y el que hacía que no Jeía ningxin periódico; me Oenó de aiérgrfa mi descubrimiento, pues nunca había visto ta-J espectáculo... y con una curiosidad verdaderamente infantil corrí al lado de un grupo de gente que con gra-n ansiedad miraba hacia el cie-

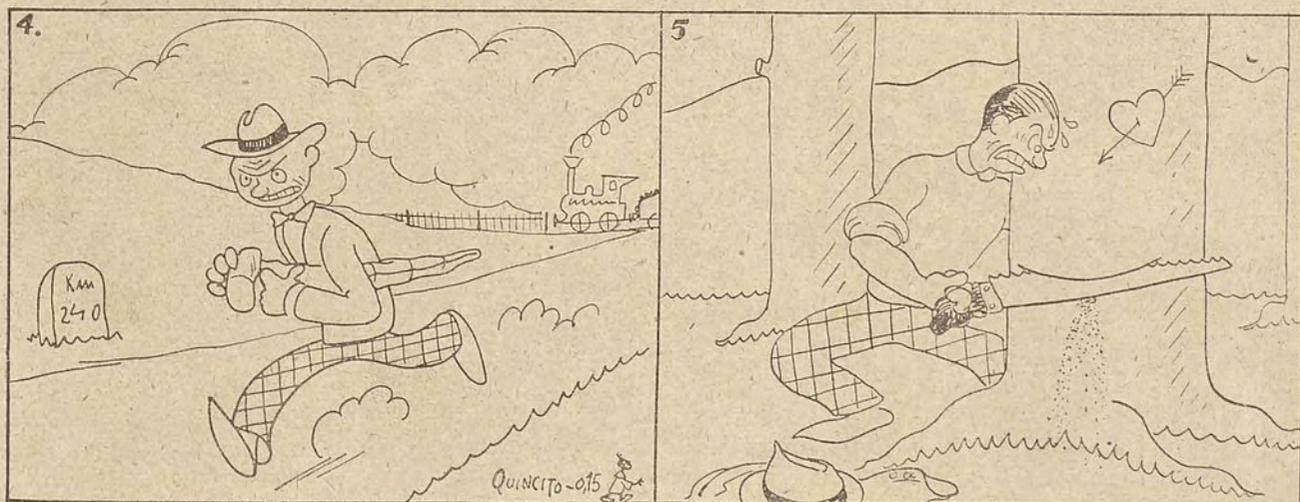
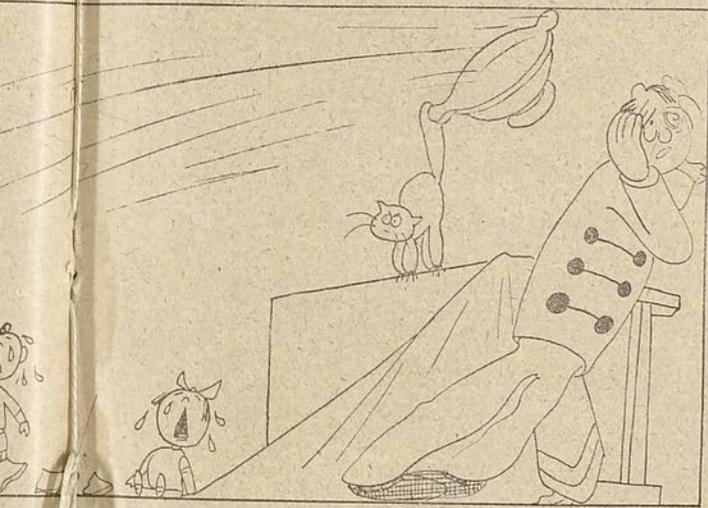
lo; pregunté..a un caballero que estaba a mi la4o , detalles del eclipse y sólo me dió por cóntestación- con ua dedü en mi enflaquecido - abdomen, llamándome al mismo tiempo guasón- indudablemente yo debía tener muclui gracia, pero me quedé muy serio, miré al vacío, ysólo'vi flotando en el éter un globito de ios que repárten los jucvet^ en los Almacenes do Pérez y en el suelo un niño que lloraba aJnarga-toente...

Anduve errante durante varios días, la gente me miraba con extrañeza y recelo, la nieve acompañaba mis pases con c-u caída pausada, -recorrí quizá comarcas enteras y siempre por todas partes mis ojos no ealian de la oscuridad que me sorprendió el primer día que salí a la calle; aquella noche eterna fué mi constante pesafilla y esta idea fija me llevó a pensar que en aquel andar incisante había llegado al polo, donde la noche reina seis mesee...

Una sacudida de terror estremeció todo mi ser, y sólo pjsé como idea aaWadora en el suicidio; saqué lentamente una pistola y cuando fui a apoyarla en mi sién, el cañón clwó con un cristal que saltó hecho mi! pedazos... ¡Eran las gafas n-egras que em un ataque de amnesia las llevaba ■sin quitar seis mesee!...

Estaba en el R-etiroy tomo no sabía qué hacer y,tenía la pistola cargada, maté un gorríon...

CÉSAR DE ALBORNOZ



UNA DISTRACCION

CUADRO PRIMERO

Una habitación modestamente amueblada.

Pereonajes: PACO Y ROQUE

P.—¡Mal hijo! ¡Granuja! ¡Me “quíe” matar!

R.—Pero ¿qué es crto?, Pa«. ¿Qué ocurre en esta casa?

P.—¡Cadla, iombre!... ¡Sinvergüenza! Morfinómano!

R.—Serénate, Paiquete, y cuéntame.

P.—¡Ah!... ¡No “quíe” saljer!...

R.—Sí que lo quiero, que “pa” algo venimos jugando, a ía rana “tooe” los domingos, desde hace treinta años.

P.—“Tiés” razón. Tú ei^ mi mejor amigo.

R.—^Pues, entoQjjes, ¿a qué esperas? ¡Desembucha ya!...

P.—¿Te has “encontrao” al chico?

R.—Cuando entraba yo salía él.

P.—¡Castigador! ¡Pollo “pera”!

R.—¿“Quiés” romper de una vez? ¿Qué te hi “pasao” oon el chico? ¿Te ha fiecho alguna “cabaretada”?

P.—¡Menuda!

R.—¿De “pasta”?

P.—¡Aihí le duele!

R.—¿Te ha “empeñao” algo?

P.—¡Mucho peor!

R.—¿Peor “entoavía”? ¿Es que le ha “dao” por cantar tangos argentinos?

P.—“Náa” de ©so. Lo que me sucede con el chico es que yo, que “toa” mi vida he “sío” “mu” moral en cuestiones de amor, me veo ahora “costernao” y “contrista-o”, porque él, ¡mi único hijo!, no sale a mí.

R.—¿Que no sale...?

P.—^Yo tengo cerca de los cincuenta años y una sola aspiración: casarle.

R.—Eso está bien. Ei hombre ha “naeío” “pa” hacer el maharajah.

P.—¡iQíie io digas! Pues él, ¡el “mu” “deidioliao”!, dice que “quíe” ser libre, y que no se casa mientras no encuentre una mujer que tenga e! pelo largo.

R.—¡Acabáramos! Tu chico no “quíe” casarse.

P.—Eso le he dicho yo. Tú lo que “quiés” ^ hacer el golfo y, de paso, matarme, porque la hija de Dimas “tié” .■a cabeza casi “afitá”. ¿Tú la conoces?

R.—De vista. ¿Y es esa la “garsona”?

■ P.—Pues claro...

R.—mí, qué “quiés” que te diga, no me “pacce” “mu” guapa.

P.—^Psolí, regular.

R.—^^hora, que será buena...

F.—^Ee idiota.

R.—Eso creo yo. Y la “v<?rdá”, me extraña...

P.—¿El qué te extraña?

R.—Con franqueza. ¿Se “pué” saber el interés que te lkva a aconsejarle al chico que se case con una muchacha fea e idiota?

P.—¿Interés? El anual.

R.—¡AJi!, ¿pero “tío” billetes?

P.—“Pa” empapelarnos a “tóos”.

R.—¡No digas más! ¡Tu hijo es un romántico idiota!

P.—¿“Verdá” que sí?

R.—(ImbéciÜ

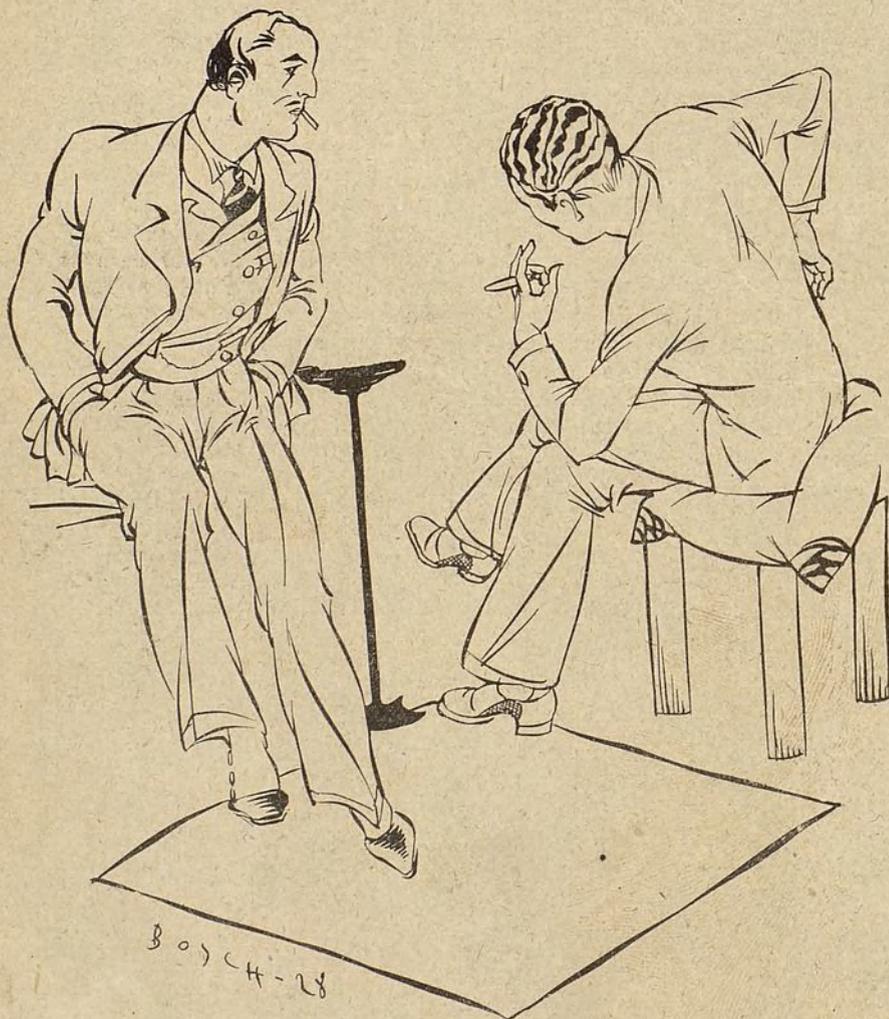
P.—¡Estúpido!

R.—¡Majadero!

P.—¡Vamos, que...!

R.—drenémonos. Serénate, Paco.

P.—¡Sí no puedo!



— Oye, tú, que eres tan culto. ¿Cuántos fueron los doce apóstoles?

— Los doce apóstoles fueron seis: San Pedro y San Pablo.

Dib. BOSCH—Barcelona

R.—¡'Ca. iima, calma! ¿Y la chica «atá por «l?!

P.—¿Que si está?.. ¡Tomando los hipofosfitos!

R.—¡Qué suerte!

P.—Ya 'o ves. ¡Y el muy inmoral la "tié" en sus manos y la desprecia!

R.—Que sí, que Dios da narices al que no e9 corto de vista.

P.—¿Por qué lo dices?

R.—Por los lentes.

P.—¡Ay, Roque, am'º mío! ¡Háblaile tú, convéncele!

R.—'Hombre..., estas cosas..., la "verdá", no sé si debo metenme...

P.—^¡Acuérdate de k rana! ¡Trein" ta años!

R.—¡Basta! ¡Lo haré!

P.—Primero, por las buenas, le agarras del cuello y le obligas a que te dé paiabra de casaioiento con esa ¡Tiucshaofaa. Y si se niega, ¡no te andes con contemplaciones; hazte cuenta de que eres mi hermano, y dale con ganas. Que comprenda que "tóo" lo

haces por su bien, y que ai no le pegas como podría haceitlo yo, que soy su padre, por lo menos le saeudes como ua tío.

CUADRO SEGUNDO

Una calle.

Los mismos. Ha transcurrido un año.

P.—Adiós, Roque.

R.—¡Caramba, Paco! N<- te había visto.

P.—Creí que habías "expirao". Como hacía tanto tiempo <jue no nos encontrábamos...

R.—^Es que... "tié" uno tanto que hacer... que no "pué" uno...

P.—Sí, c4aro... Y hab'ando de otra cosa: Ya sé que se t© casa el chico con la hija de Dimas.

R.—^¿Lo sabes?

P.—^No te aJarmes. Cuando yai no te he "partió" Ja. cabeza, es que ya lio te)a partí!

R.—Verás... Es,;, que... como...

^P.— "¡Paece" mentira, Roque! ¡Treinta años jugando a la rana, y hay que ver la "jugá" que me has hecho!

R.—"Jugá", no. Fué que...

P.—No te esfuerces. "Jugá", y grande. ¿Qué te dije yo de la hija de Dimas? Que tenía mucáio dinero, ¿no fué esto? Y de mi chico, ¿qué? Que no se quería casar con ella, ¿verdad? También te dije que le hablaras y que le convencieras, y que si no podías por !«s buenas que le agarraras del cuello y... Y tú corriste a tu casa y a quien agarraste del cuello—ya véas que estoy "enterao" de "tóo"—fué a tu hijo.

R.—Sí, "tiés" razón. Pero créeme que lo hice sin mala idea. Fué... utia distración.

TELÓN

PABLO TORRMOOHA



—Perdóneme usted; pero tengo las manos tan calentitas... Haga el favor de tirarlo al suelo usted mismo.

Dib. GASTOK MAS _____ París.

La cabeza tie Romualdo

Nada tan esencial como el amor propio para alcanzar el éxito. De no haber sido por la cantidad extraordinaria de esta clase de amor, que albeigó graiiitamente en su pecho el famoso bandido Romualdo Troacoso, éste no liubiera sido más 'Clue un homicida dn importancia. ¡Pero el amor propio!...

Oigan ustedes:

* * *

Cuando Romualdo Troncoso comenzó a aaesioaT individuos, nadie pudo creer que, con el tiempo, llegara a ser un forajido célebre. Era un muchacho, delgado, tímido y bajito ■cuyo primer homicidio lo cometió involuntariamente al -disjjarársele la escopeta que usaba para ajesiuar niños de pecho. Es cierto que en una semana llegó a qiillar ía vida a diez y seis pereonae; pero no fué por mala intención sinti por distraerse.

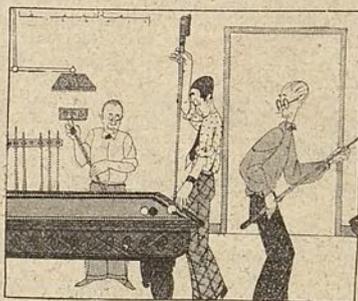
Los historiadores no están conforr mes acerca diel motivo que indujo al Gobierno a poner a precio' a su cabeza. Según unos, Romualdo Troncoso era ^ "delincuente tipo"; según otros, al ministro de Valoree- Públicos, hombre sumamente caivo, ambicionaba la cabeza del forajido para que íe hicieran con su cabellera un bisoñé- Pero ía verdad inconcusa y apatidifusante es que la cabeza de Romualdo fué pregonada por medio de edictos en Ice que se hacía constar que el ciudadano que la presentase recibiría *ipso-jacto* la cantidad de c:nco mil pesetas.

El bandolero recibió la noticia en e; cobijo de aquella sierra inaccesible donde pasaba Ja mayor parte del año, huyendo no taoto' de la Guardia Civil como de su madre política, y se indignó profundamente. ¡Tasar su cabeza en cinco mil, pesetas cuando por da del Edemiro Garcfe, un pobre ladrón inofensivo, Había, llegado a ofrecerse el dobie!... ¡Roñosos! Ahora iba a enseñar al Gobierno si ena o no un bandolero de ma.yor importancia.

Fué entonces cuando i>egó fuego al cortijo de Riamos—uno • de los más hermosos de los contornos—, pasó a cuchillo a sus habitante, destruyó loé sembrados y se entretuvo en afeitar a las mu'ás que había en la cuadra.

Una semana más tar-de asesinó a doce mineros que volvían del trabajo, cantando una canción persa, e hirió gravemente a todo un colegio de niños huérfanos.

La cabeza de Romualdo subió liasta doce mil quinientas pesetas. Pero era aún poco. El facineroso estaba dispuesto a que se cotizase aL miís alto precio al que se haya cotizado cabeza de facineroso alguno en el mundo, y para predicar con el ejemplo continuó su campaña: crímenes, robos, inundaciones, incendios, estragos... Una ola de locura y de sangre que duró oerca de dos çñños. Progresivamente el precio de k calieza fué subido hasta cuarenta y siete mil pesetas. Pero Romualdo recordaba hi^ber leído en un m'imero de "Alrededor del Mundo"



—Si haces ésla me ganas; pero hor ,co* suaiiaad, sólo por una.
—Hombre, desde hugo. Como que te knno Por carambola.

'Dib- López Rty,—Madrid.



ES UN PRODUCTO DE
**LOS PERFUMES
DE TASARA**

BADALONA

GRDCREm

JABON DE AIMERDRAS

USELO

ES EL MEIOR TÚ-Oyo
DE OEILEZA DE U PIEI



que por la de un anarquista checoeolovaco habíanse llegado a dar cerca de veinte mil duros. ¡Y él no podía ser menos!

Escribió al Ministro de Hacienda ¡¡rotestando de que por individuos cuyas fechorías apenas tenían importancia, si se comparaban con las suyas, se hubiera.n ofrecido cantidades más altas. ¿H;ib:ã derecJio a aquellos?... ¡Cómo se notaba que él no tenía influencia!

El consejero de Ja Corona le co: testó excusándose: reconocía que sus rabones tenían fundamento... Pero e" presupuesto... ¡Era tan grande ei déñcit! Sin embargo, en el próximo Consejo presentaría un decreto a íus compañeros de Gabinete a ñn de que las cuarenta y mete mi" pesetas fueran aumentadas a razón de la- siguiente esoola: por cada tombre asedniido, nueve pesetas; por cada mujer, 0,75; niños, 3,85; niños despecho, 0,95.

Romualdo Troncoso se conformó con la disposición ministerial; pero tuvo que trabajar mucho para que eu cabeza llegase a valer más nue la del anarquista checo.

Lo consiguió al fin. Dos años más tarde su testa se tacaba en la friolera de ciento, treinta, y cuatro rail pesetas con setemta y tres céntimos. Tanto como si hubiera sido de platino.

Se decidió a entregarse.

Pero cuando iba a hacerlo le sorprendió úna noticia inesperada; el Estado no tenía un céntimo... El Crédito Público estaba agotado... La bancarrota, presagiada por tanto, llegaba al fin. Inútil pretender cobrar nada.

—¡Ladrones!—pensó el pobfo Romualdo aj mismo tiempo que dos lágrimas descendían de sus mejillas—. ¡Hacerme trabajar tanto para esto!... ¡Luego dicen que Fe pierden los hombres!...

Y escarmentado, al ver la fragilidad de la palabra humana, Romualdo Troncoso dejó de asesinar personas, abandonó para s;emp.re su cobijo de -la montaña, ee afeitó cuidadosamente y con los pocos ahorros que logró reunir en medio de su azarosa existencia, pu-o una tienda de objetos de escritorio.

M.4NUEL L.AZARO

Consultorio de BUEN HUMOR

ANGELITA RBPINGUEZ. MADRID. — Generalmente, todas las lenguas son difíciles de traducir, sobre todo cuando no se sabe ni una palabra de ellas. Pero hay una lengua, no ya sólo difícil, sino imposibil' de que la traduzca nadie.

Es la lengua de vaía con guisantes.

Y si quiere usted convencerse, pruebe usted a traducir una, y verá usted que no hay manera humana de conseguir nada,

AMADEO CERDOSIN. SALAMANCA.—La mujer más enamoradiza del mundo es la lapona. A una lapona la pone usted buena cara, y «B para usted en el acto. Claro es que hay el inconveniente de que un lapón se le ponga a usted en el camino y le dé a usted un pequeño lapo en un mo-flete, pero eso no tiene importancia. Con rascarse un rato, arreglado,

JAVIER CASCABIMBAS. JEREZ DE LOS CABALLEROS.—Es inexacto eso que le han contado a usted de que en el Sonegal se cría un cerdo batvajc, al cual se le caza con lazo,

Y «s inexacto por la siguiente razón;

Al que es cooliinc de nacimiento, no hay modo de ponerle un lazo. Su cochinería rechaza «a clase de adornos, como rechazaría una flor en el ojal o una camisa de popelín,

ISIDORO COCIENTE. PONTEVEDRA.—La obra de misericordia más grande que se ha planeado en el mundo la propuso un filántropo inglés.

Es morrocotuda, como usted verá.

El hombre indicó la idea formidable de que era preciso enterrar al mar Muerto.

Claro que no llegó a realizarse porque luibicra liecho falta la mar do tierra para enterrar al mar; pero no por eso el proyecto del inglés dejó de ser considerado mucho más conmovedor que un puntapié en el hígado,

CLETO CURDERA. BARCELONA.—El alemán, cuando se habla en invierno, produce anginas.

Hablado en verano, produce sólo dolor de cabeza.

Principa!inenle al que lo escucha.

Por eso, nuestro consejo-deeinteire-

sado es que no lo hable usted más que en primavera y otoño. Y si lo puede usted hablar por señas, mucho mejor.

• AMALÍA POLIEDRO, VALLADOLID.—En Roma, como en todas

parte-, los hombr^s contraen matrimonio, tanto por la vía civil como por la vía canónica,

Pero por la vía apio, no se fie usted de ningún hombre, ni en Roma, ni en ninguna parte.

¡San Edmond de Bries nos libre a todos de un mal pensamiento; pero es verdad!

MANUEL ROZADORES.—ZARAGOZA.—A usted, que des-ee saber cosas raras, le podemos dar a conocer una Mea rarísima, de la cual tiene noticia muy poca gente.

■ Se trata de un manicomio (o casa de orates, como decimos las personas-cuttas), cuyo manicomio presenta la particularidad de que únicamente admite dementes que sean o hayan sido frailes.

Es decir, que si llevamos a ese manicomio casa de orates frates, no diremos ninguna estúpida.

LEOVIGILDO SOTABARBAHUELVA.—Lo malo de los dentista no es que le saquen a uno una muela. Es que le sacan a uno doce duros ea cuanto se descuida; y ero ya es demasiado humorismo.

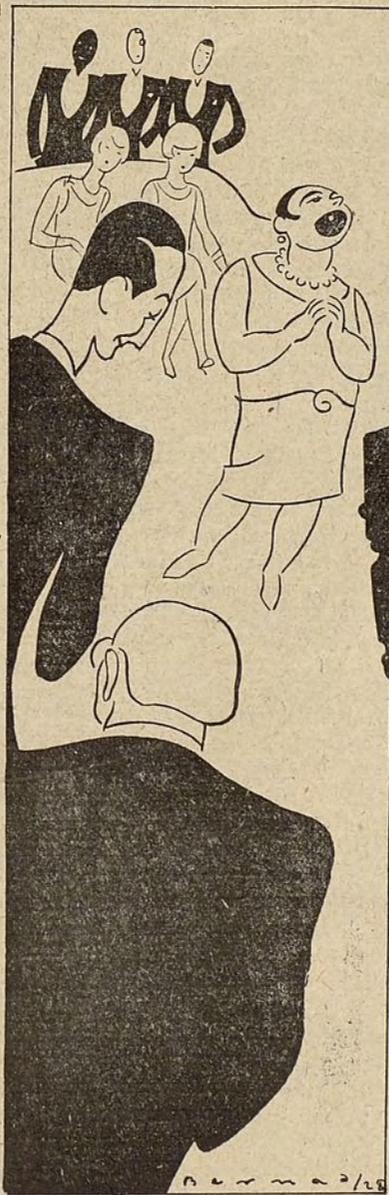
PILAR LARREA. BILBAO.—No encontramos remedio para su conflicto sentimental, señoría. El h^cho de que su novio fea d-e-l somaten, y no admita más carabina que la suya, nos parece de una solución más difícil que la de las facciones de Bergamín (que soít la cosa más difícil que nosotros hemos conocido en vida).

TIMOTEO PAJUDO. CIUDAD REAL.—En ece i'ibro que piensa usted publicar puede usted y debe incluir el siguiente detalle, que le brindamos gratis del todo;

En el ejér-cito paraguayo no hay un solo individuo- que padezca sordera..

Es decir, que es un ejército que no tiene tenientes.

¡kto ?o sabemos de oídas; por lo cual no admitimos reclamaciones ni del Pars^uay ni de usted.



Caballero primera.—; Tiene nta vos de rrol
Caballero segundo (que es dentista).—La uoa, lio lo sé... El chenie, se lo garantiso.

Dib. BERNAD.—París.

EKNBSTO POLO

BAMBALINAS

DIABLAS Y TRASTOS



De la noche a la mañana..

Cuando este artículo salga por las páginas de la revista, se habrá estrenado ya la comedia de los señores Ugarte y López Rubio, premiada el año pasado en el concurso *ABC*, y su punto de representarse en el teatro Reina Victoria. Nosotros, sin embargo, escribimos estas líneas antes del estreno, y sin poder presenciarlo, porque estamos en Barcelona.

Ignoramos si la comedia habrá gustado o no al "respetabilísimo"; a nosotros, no menos respetables, nos gustó meses atrás, cuando tuvimos el placer de conocerla.

Por eso hablamos de ella, porque la conocemos: pero como no conocemos la sanción de los jueces oficiales y el jurado popular, ofrecemos dos fórmulas distintas—una para caso de éxito, otra para el caso contrario—y el lector aplicará la que prefiera.

Fórmula para caso de que guste (I. q. n. d.)—Estaba visto. El teatro está necesitado de renovación. Esta obra pertenece a ese género de obras—que un empresario cualquiera reoportunamente normal, diciendo "que está muy bien escrita" y "que tiene un gran valor literario", pero que no es de taquilla. Estas obras, en efecto, no son de taquilla: son de escenario. La taquilla, es un marco demasiado estrecho para que pueda pasar por su agujero cualquier obra, de magnitud; y eso de que a unos les apliquen, como calibrador, el hueco de la taquilla, mientras otros se reservan el hueco de la embocadura, no les parece muy del embudo. Den a las obras los hitos que necesiten y las obras cambiarán sus marcas en pesetas.

La obra de los señores López Rubio y Ugarte es de esas que valen por lo que tienen y por lo que dejan de tener. Tienen gracia, finura, buena educación artística, humorismo de verdad y etc. Un etcétera de primordiosidad. Peft, además de todo lo

que tiene, deja de tener efectismos, trucos—de sentimentalidad, ripios de teatralidad y ratimagos de esos que suelen llamar filosofía barata y que no es nada barata, porque cobran a cada cual siete pesetas por barba, por barbilla y por butaca, para colocarle esas cosas de: "nuestro corazón es la rosa del amor con la es-jina de la duda", "las ilusiones de la vida son como los lapiceros: tienen una mina en el alma, pero se desgastan con el uso" y así sucesivamente, en vez de parecerse baratura, nos parece baratera.

Y ya que hablamos de la obra de López Rubio y Ugarte, y de las excelencias de la misma, liemos de hacer constar, con la modestia que nos caracteriza, que una de esas excelencias nos había ocurrido a nosotros también, aplicada a una comedia—que tenemos en cartera. López Rubio y Ugarte personifican, en uno de los tipos de la obra, la conciencia. El amigo del protagonista es la conciencia del protagonista. Pues bien; nosotros tenemos en cartera una obra acerca de Don Juan. Pues ¡no faltaba más! No vamos a ser nosotros menea que cualquiera. Todo el mundo ha echado su cuarto a espadas acerca de Don Juan, y nosotros no hemos de ser menos. Pues en nuestra obra acerca de Don Juan, el escudero de fete, el Ciutti de nuestro Don Juan, es su conciencia: un personaje igual a Don Juan, pero de traje severo, que canta a Don Juan las cuarenta cada vez que Don Juan le da un tute de sotas a la conquista ciento veinte, y a quien Don Juan aparta de sí, primero, atiende a regañadientes después, y ama, por último.

Esto, que, como verán ustedes, es una preciosidad, no tiene que ver nada con la obra de Ugarte y López Rubio; ni ellos tenían conciencia de esta pretiosidad mía ni yo de la de ellos;

pero hemos coincidido por aquello de que todas las personas de talento coincidimos, y nosotros lo hacemos constar para que, dentro de quince o veinte años, cuando estrenemos nosotros nuestro Don Juan, no haya quien venga diciéndonos que se nos ha ocurrido aquello... de la noche a la mañana.

Fórmula para caso de que no guste.—Estaba visto. El teatro tiene que ser teatro, ífetos obicos de ahora no quieren hacer caso a los cómicos, y son los cómicos los que saben hacer comedias, porque las están haciendo todos los días. Los cómicos debían ser los que hicieran las comedias del todo, porque ellos son los que entienden de teatro. Conocen al público y conocen las obras que son pesetas. Estas obras de las que concurran las estrenará por truco; para quedar bien con los que los organizan y para aprovechar el reclamo que puede traer el concurso; pero por las obras, no; el fracaso de estas obras está visto. El teatro necesita, para renacerse, vigor, voronoffización, opoterapia, lo que da siempre resultado en el teatro; latigazo y latiguillo.

Si estos obicos nos hubieran hecho caso, nosotros, que entendemos de teatro. Les habiéramos convertido en obra, con poquísimo trabajo, en una de esas obras "que mandan". Era facilísimo; no había casi, casi que temeraria; habiéramos respetado el aguijón, pero añadiendo la pimienta, yéndose de lleno y con arranques a una obra vibrante y vctronófica.

En la obra oje han estrenado, todo el argumento se reduce a una joven que, yendo en su automóvil con el esposo, se presenta en el chalet de un hombre desconocido, decidida a quedarse allí, en casa de aquel hombre, y a pasar allí la noche y hasta las noches y los días, mientras el marido, en la carretera, o donde guste.

arregla la panne del automóvil. Aquella mujer no ha oído del marido, DO hace jaso de nada ni d nadie, lú de sí misma: no hace mas que su capricho y su capricho es "pluma al viento"... Y eso basta para que traiga al retortero al marido y a los que no son maridos, y a todos Ice trastorne la conciencia y hasta lee vuelva locos para siempre, si a esta mujer—que es, en rigor, alegría de da ja ventolera por marehar^K, Y es que el hombre necesita con frecuencia, para no volverse loco, tener una ioca al lado,

Todo eso está muy bien; pero es poquita cosa, ¿me comprenden? Le falta vibración! La comedia hubiera ganado enormemente con unas ligeras variantes. La mujer ¡día haberse herido al volcar el automóvil; de esta maniera sería más verosímil que la mujer siguiera tiempo y tiempo en casa de un hombre saltero. Al marido, creyéndole muerto, se le habrían llevado a otra parte, a la clínica de

urgencia, v. gr., para hacerle, verbigracia, la trepanación. El soltero cuida a la dama; la vela noches y noches; el viento de la pasión sopla la vela; la vela ee apaga; las vidas fe juntan y et amor se knza a toda vela por el mar prouelofo de la pasión oceánica.

Eli marido, a todo esto, se ha salvado; ha salvado la vida, por lo menos; pero ha perdido la memoria por el efecto del golpe. Pasa muoho. El hombre vive tan feliz. Pero un dtá s® encuentra a la mujer, y el desmemoriado se dice: "Yo he visto a esta señora. en algún lado". Y ha y un acto de una intensidad dramática tremenda, en donde los amantes van viendo, con terror, que el otro va a recobrar la memoria de un momento a otro. Si nos hubieran dejado a nosotros, (hubiéramos preparado esta, vuelta a la memoria de iin modo teatral y originalísimo. Al marido le habría quedado, desde el golpe, la manía de jugar a las palabras cruzadas.

y un día, al buscar una palabra difícil, "Gertrudis" — precbament« el nombre de eu mujer—, cae ai la palabra, por fin; y al caer en la palabra y ver a su mujer, une ambas cosas, la reconoce y... ustedee calciilen. Bn el tercer acto podíacQ pasar varias cosas; una de ellas, por ejemplo, que el marido, también en el mar proceloso, diera un estacazo en la cabeza a su mujer, haciendo que fuera ella entonces la que, trepanada a 9u vez, jjerdiera la memoria. Y entonces el amante se volverla loco al ver que su adorada no le reconocía ya y no se acordaba ya de aquellas noche» de la vela-. Y el marido se volvería loco también, y acabaría la obra creyéndose que era Napoleón paseando en automóvil por el mar proceloso de la taquilla teatral,

D%aeenos si la obra, de este modo, no ganaría en vibración.

M.UJUBL ABRJL



- Gorito. ¿qué crees que me hará falta para aprender a conducir?
- Pues, tres o cuatro...
- ¿Lecciones?
- No; automóviles.

Dib. CUESTA.—Paris.

Juegos de palabras

Kmretenimiento barato paia lectores ingenuos

Lo que el oso osa oon la osa, no lo osaría nadie por osado que fuese.

Ya lo dioe el mismo oso:

—¡Yo oso eso porque soy o:o!

* * *

La mu'jer que se llama Olga tiene afeo que no tiene la que no e? O'ga.

Es lina ventaja para ella. Como si dijéramos: algo es algo..

Que no es lo mismo que decir: Olga es Olga.

* * *

Cuando un preso va en tren, va a Ja *trena*. Pero el que es preso no va en expreso. Va en una tercera y entre dos tercerolas.

* * *

El que choque un codhe con otro coche, es un ehoque. El que el o&che

choque sin liaber otro coche, ya no es un choque. Choca por algo. Por ejemplo: porque es nuevo, elegante o bonito.

* * *

Diz que Ruiz llama poíveg de ñz a los polvos de arroz; mientras que Doz llama polvos de arroz a los polvos de *riz*. Y añade la pública voz que Doz es feliz y Ruiz gs feroz, pero qae ni Ruiz ni Doz faben que ^ igual arroz que *riz*.

« * *

El mono tiene nada menos que cuatro manos, pero la mano no puede tener cuatro monos.

* * *

Un cuadro en una cuadra no cuadra.

* * *



—**A** ver si sabes qué es aquello que viene hacia aquí.

—No sé. Como soy 'miope... Pero parece una caballería.

—No, hombre; es mi tío.

El miope (para sí).—¡Carambal ¡Pues veo más de lo que creía!

Fra»e que dijo a un repartidor de telegramas un individuo a quien le quería el cáico entregar un despaolio. que no era para él;

—¡Parte con el parte a otra parte!...

Frase que emitió una comadrona, al salir velozmente para asistir a ua alumbramiento:

—¡Parto para el parto!...

Y fraee que soító el padre de 'a *alumbrante* al ver que sobrevenían dos mellizos gordísimos:

—^¡Este parto me parte!!,..

* * *

El verdiigo no distingue de sexos.

Se tra.te del reo o de la rea, él arrea...

* * *

El corredor Mata llegó a la meta con la "moto"; pero en la meta estaba Mota; y Mata mató a Mota y la "moto" a Mata.

* * *

Corre por ahí el run run de qu» a Perrín le gusta el ron y a Plngarrón el rin, de que el uno es un borra<shin y el otro un borraohón y de que mezclan el chinchón con el ron y con el rin,

¡A mí, Prim!

* * *

ADVERTENCIA FINAL

Lej^endo en voz alta los precedente ju^os, se consigue un efecto d? una sonoridad encantadora. Y como al que-loi3 lea sin equivocarse, le consideramos merecedor de un premio, es justo que lo alcance.

De manera que léidos gl que se considere <¡on fuerzas para alcanzarle.

¡Dioa se lo premiará!...

Y no creemos que haya premio que pueda satisfacerle más.

Dib. TBOFF ^Madrid.

Néstor O: LOPE

Del buen humer ajeno

IVí reloj, por Mark Twain

Mi 'magnífico reloj anduvo como un relo'i durante un año y medio. No se adelantaba ni se atrasaba; na ee detenía. Su máquina era la imagen de la exactitud. Llegué a considerar a mi reloj como inialible en sus juicios Acerca del tiempo. Pero yo no contaba. que un día—una noche más bien—lo degé caer. Llevé mi reloj a la casa méiS acreditada en composturas. El jefe del ei-ttablecimiento examinó atentamente mi reloj. Su fallo fué éste:

—Tiene cuatro minutos de retrase. Hay o.ue mover el r^ulador.

Yo quise detener el impulso de aquel hombre y hacerle comprender que mi reloj no tenia retraso, Pero fué inúti*. El verdugo oonsumó fría y tranquilamente el acto infame.

Naturalmente, el reloj comenzó a adelantarse. Cada día corría más. Pasó una semana, y la precipitación de mi reloj anunciaba claramente una fiebre loca. El movimiento de la máquina se aceleró hasta ser de ciento cincuenta pu^i'wiones por minuto.

Pasó otra eeraana, y otra, y otra. Pasaron dos meses, y mi reloj dejó atrás a los mejores relojes de la ciudad. D?jó atrás laá fechas del a'ma-naque y tenía un adelanto de trece día.«. Siguió transcurriendo e! tiempo; pero el de mi reloj transcurría fiem])re más rápidamente y era de una ce'eridad -i-ertiginosa. Aún no daba octubre el último adiós de la partida, y VA mi re'oi e>taba a mediados do noviembre. P.i:ific anticipadamente el ak}ui''r de la casa; pasué los vencimientos que no habían llegado a su fecha; hice mil d«@mholecis por el estilo, y ^a situación jpre.'entaba caracteres alarmante. Fué ceceario acudir a un relojero.

—Es necesario limpiar y engrasar esta máquina—dijo el perito—. Después la arr'tfflar>mos. Vuelva dentro de ocho días.

Mi reloj fué limpiado y engrasido: fué arreglado. Esto tuvo por consecuencia que comenzara a caminar lent-amente. No acudí a las citas, perdí ios trenes, me retardé en mis pasos, Llegué, gradualmente, a vivir en la. vispera, en la anteví'ipera, en la s^ana y aun en k quincena anterior a la fepha'. Era yo un abandonado', un solitario, en medio de una

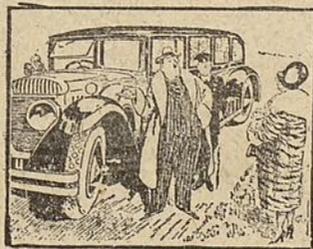
sociedad que vivía norimalmente. Volví poner mi esperanza en un relojero.

Este hombre desarmó la máquina, puso los fragmentos a mi vii?ta, los cogió con unas pinzas y acabó por declnme que eJ cilindro estaba hi>i-chado. Pidió un plazo de tres días para reducir aquel ói^ana importante a sus dimensiones nonmaJes. Reparado mi reloj, comenzó a marcar la media hora; pero se negó a otra indicación más precisa. Yo aplicaba el oído y creía seotir en el interior de la máquina algo como ronquidos y lardidos, resoplidos y ^tornados. Mis ljenamientos dejaron de ir por su carril natural, ¿Qué reloj era aquél, que así me trastornaba? A las doce del día paaaba ía crisis. Por la mañana liabía dejado atrás a todos los relojes del barrio; por la tarde se echaba a dormir o divagaba en ensueños quiméricos, y todos los relojes lo dejaban atrás.

Transcurridas las veinticuatro horas del día, un juez imparcial hubiera dicho que mi reloj se mantenía dentro de los justos límites de la verdad. Pero ed tiempo medio es como la virtud a medias en una persona. Yo era compañero de mi reloj y no podía sufrir aquella alteración cotidiana. Me decidí a visitar otra relojería. El relojero desmontó el re'.oj y tomó las piezas con las pinzas, como habían hecho sus colegas.

—Vamos a tener dificultades con el regukdor—me dijo.

■Colocó el regulador en su sitio' y procedió a una limpieza de toda la máquina. El reloj caminaba perfec-



NÜEVOREICADA

El hombre muy rico, después de un i-gero accidente del tráfico _____ i'h. es lo que me Sil-ponia ; un rasauño en el guardabarros ! Pero esto MS prstlna un problema: joué clase de coche compraremos ahorat...

(De Punch, Londres)

Ayuntamiento de Madrid

tamente bien. Sólo había un ligero detalle que alteraba su economía. Cada diez minutos, invariablemente, las agujas se adherían como -las hojas de las tijeras- y mostraban las más resueltas intenciones de caminar unidas, ¿Qué filósofo, por grande que fuera el poder de su pensamiento, podía haber sabido la hora teniendo un reloj de esa especie? Fué indi:[pensable sutsanar los inconvenientes de un estado tan desastroso.

—El cristal—me dijo el técnico—, el cristaJ es causa de la que usted cree propensión de las agujas. Estas no tienen tpasso franco y se traban. Además, hay que reparar algunas ruedas.

El relojero procedió con extraordinario tino, y desde aique momento la máquina empezó a moverse ccm toda regularidad. ¡Bendito í@a ese reté-oro! Pero noten ustedes un hecho singular. Después de cinco o seis horas de llevar el reloj en el'b&lsillo de mi chaleco, notot de pronto que las agujas Siiran vertiginosamente, al grado de que no podía ya identificarlas.

Tenia el corazón despedazado. Acudí' a otro artista. Mientras el relojero oxaminaba mi -reloj., yo examinaba al relojero. Acababa de identificar en aquel relojero a un antiguo conocido mío—a uno de los miserables con quien había tenido que ver en el camino de mi calvario—, Sí; ese hombre tenía más aptitudes para clavar los remaches de una locomotora que para componer mi reloj. El bandido procedió a su examen, como he dicho, y premunció el veredicto con el empaque propio de! gremio,

—^Esta es una máquina de la que podría decirse que hace mucho vapor, Hay que dejai abierto la vál-rola de seguridad.

—¿La válvula de seguridad? Eres un miserable.

No pude contenerme y le di en la cabeza un golpe formidable. Íj! malhechor murió y yo tu^e que pagar los gastos del entierro.

Con razón mi tío Ouillerra—^Dioe lo tenga con El—clecia que un caballo es bueno hasta que le sale la primera maña y que im re'oj deja de servir cuando los relojeros hacen la primera ccimpeck3tura.

Tú preguntabas, querido tío, qué oficio adoptan los zapatero', herreros, armeros, mecánicos y plomeros que fracasan en su primera elección,

¿Qué oficio adoptan, querido tío? Díganlo mis tres mil dólares gastados en hacer inservible un ^celente reloj.

P. L. M.



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla. nunca en un aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste el número. Consideramos indispensable la presencia de la «d» para el cobro de los premios. «cesarlo advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los copie figuren como a«tofe. 4.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

Gijas del fútbol:

El aficionado _____ ¿Qué, adelantan sus jugadores?

El entrenador.—Todos, menos el interior, que se parece a un Yagabundo borraobo.

El aficionado.—¿En qué?

El entrenador.—En que no tiene colocación y llega hasta el extremo...

M. J.—Pamplona.

—¿En qué se parecen un barco y un ladrón?

—En que atracan.

Coralin.—Itlála^.

Una vieja llamó al Cielo; la puerta San Pedro abrió, y no pudo darle entrada, pues la pobre desgraciada nunca tuvo la ocasión de usar los corsés de PRESA Fuencarral 7a.

Al comprar el encendedor, quiso regatear pero el vendedor dijo:

—Es inútil regatear; mis encendedores son los mejores. Y “a buen encendedor, con pocas palabras basta...”

Hércules — Enguer.j.

En clase:

—Todos vosotros sabréis que Pammentier fué el primero que introdujo en Francia el cultivo y uso de la patata.

Un alumno.—«Y vive todavía?

—No, hijo «lio; ya hace más de un siglo que falleció. Pero la patata, a él se la debemos.

—Entonces mamá esta equitocada, por ue siempre está diciendo que las patatas se las debamos al tendero...

J. G.—Valladolid.

^El JrrenMo correspondiinie a) chiste del número aulartor ha sido adjudicado al sifuiente:

Entre amigos:

—¿Qué clase de caramolas os gvsstan más?—pregunta el billarista.

El aficionado taurino.—A mi las corridas coi» los picados.

El aficionado a la música.—A mi lo mismo, pero ñor las bandas.

V. J.—Pamplona.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Un sordo entra en un res- —Yo lo mismo que el señor, taurante en compañía de un ami- pero con patatas. La F.

go. El camarero pregunta a es-

te ultimo:

—¿Qué va usted a tomar?

—Nada,

—r-¿Y usted? — pregunta al otro,

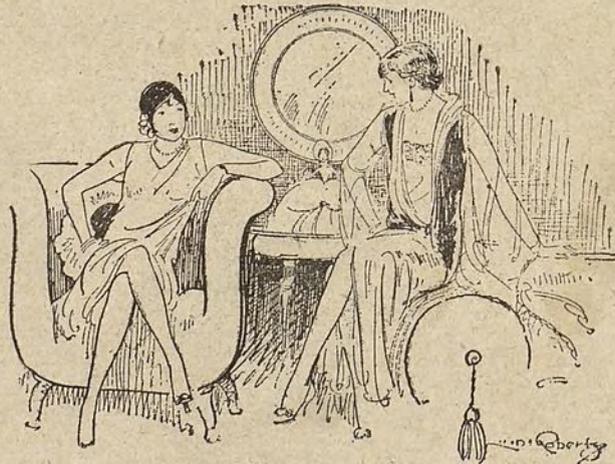
En una barraca de las ferias

de un pueblo llaanafca la aten-

ción un individuo que con gran-

des voces exclamaba:

—¡ Pasen, pasen ! ¡ Señoras y



—¿Dice usted que su marido se ha {}erdido en el mair?

—Sí; se ha escapado con una hermosa nadadora.

(De Evfrybody's ¡ Weekly.)

SIEMPRE NOVEDADES

mod p^n **Montera, 45**
Tel. 16830

caballeros, fotografía al segun- do!...

■ Un paleta, que demuestra de- seos de entrar, es advertido por el fotógrafo, que le dice:

—; Pase usted, liombre, que se le Jiará la foti«rafla al se- gundo !

—Pues ipor eso mismo que se le hará al segundo, estoy es- perando que pase el primero, [contra !

K K U E T.—Madrid,

Dos dependientillos sacuden la portada de la tienda de uitra-

EPITAFIO

Los restos del de^aciado que euilire esta losa iria son de un pobre carpintero que murió de pulmonía por estar haciendo coia Duraitte catorce días, por ver de cerca a ROMERO. "AS de la Telefonía.

marinos y dicen “chicoleos” a las domésticas que pasan. Uno de ellos le dice algo a una rubia.

La rubita.—; Fresco !

El muchacho se ríe y el com- pañero le dice;

—¿ Pero te llama fresco y no te enfadas?

El primero — Es que ayer me llamó besugo; y si hoy me lla- ma fresco, no me parece ofensa para un pescado. ¡ Ahora, si ayer no me llania besugo, hubieras visto !

Carlos Atienza.—Madrid.

El señor Melanio, “el Cordi- lla”, que es aficionado a las li- baciones de uvas “machacas”, regresa al hogar la noche de un sábado de Pascuas provisto de una “merluza” de 15 á 27 ki-

los aproximada-menrt. A] pe-
netrar en su domicilio, lo hace
tarareando eso de

—“Por qué te has cortao el pelo
sin que lo liaiga mandao ua ser-
[vidor...”

y le sale al paso su mujer, la
oal le recibe segrún costumbre.

—¡Granuja! ¿Pero no te da
vergüenza venir borrado? ¡To-
ma (le sacude), so golfó I

—Bueno; eso de que me pe-
gues, pué pasar; pero ¡o de
borrado, poco a poco.

—¿Que no es borrachera eso
que traes?

—¡Que no, mujer; que lo
que yo traigo es la “mona” de
Pascua!

El carbonero.—Madrid.

El colmo de la ironía:

—¿Te has enterado del fa-
llecimiento de la suegra de Fu-
lánéz?



HERNIAS
Braguero? cien-
tificamente.
• J Campos
ónico MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Angosto Pipeoas

—Si; acabo de estar en su
domicilio a darle la enhora-
buena,

—I Pero si el está en Amé-
rica I

—No importa; se -la he dado
a su señora.

Maitusallén.—Bilbao.

—Hace diez minutos que es-
toy buscando a mi marido y no
lo encuentro.

—■ Vaya una cosa ! Hace vein-
te años que yo busco al mío,
y todavía estoy soltera.

Salta Monies _____ Oviedo.

En una frutería :

—¿Cuánto vale ese coco?

—Tres pesetas,

—¡Jesús! ¡Me ha asustado
usted !

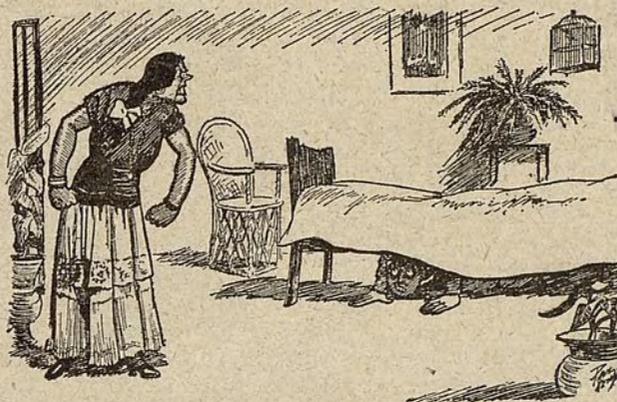
—¿Yo, o el coco?

Enrique Soria.—Madrid.

Entre dos amigo? :

—¡Hola, Enrique ! ¿Qué te
pasa, que te encuentro tan apo-
cado?

—Hombre, te lo voy a con-
tar, porque sé que eres mi me-
jor amigo. Tú sabes que mi
mujer tuvo tres gemelos, los
cuales ya cuentan cinco años ;



La majsr del toreador.—Suspendo las hostilidades
por el momento, porque ya es hora de que te vayas
a la plaza a ludiar con el toro.

pues bien, no voy una vez a ca-
sa que no me los encuentre en
plan hostil, siempre guerreando,
y los juguetes que prefieren son
los sables, pistolas, etc., etc., con
ei fin de estar siempre peleando
y simulando duelos y guerras.

—¿Y bien?

—Pues esto me ha-ce sospe-
char, porque recuerdo que cuan-
do mi mujer estaba en estado
interesante sólo gustaba de leer
Loi tres mosqueteros.

—¡Ay, nii -madre !

—¿ Qué te sucede ?

—¡Adiós! ¡Me vc^ corrien-
do a casa !

—Pero, hombre, ¿por qué?

—Chico, que ahora recuerdo
que mi mujer está encinta., ¡y

adivina lo que está leyendo!

—¿ Qué ?

—¡ Los siete niños de Ecija!!
X. y Z.—Jerez.

Un caballero, sordo como una
tapia, divide su existencia entre
su mujer y su perro.

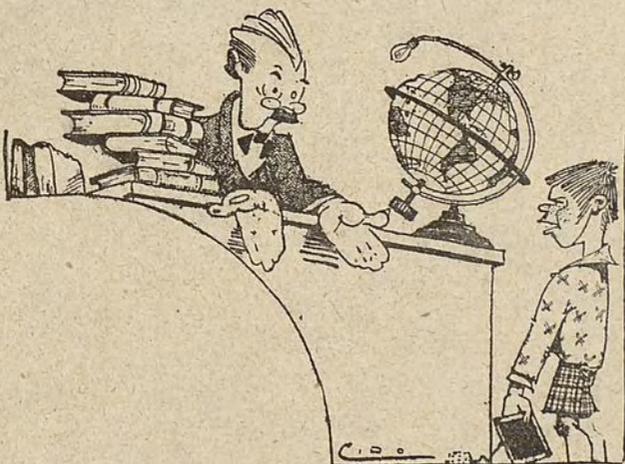
Un día, en la calle, un amigo
suyo le pregunta por su esposa.

—¡ Oh!—contestó el sordo—
¡ Si viera usted cómo menea la
cola cu'ando entro en casa !

A. Gómez-

Satisfecha:

Una señora «jue recibió im-
fuerte bofetón de su marido
fuese a pedir venganza a su pa-
dre, rogándole que devolviese



El chico.—Mi papá dice que descendemos de los
monos.

El maestro.—¿Sí. eh? Pues allá él; en esta clase
no venimos a discutir secretos de familia.

la afrenta, a lo que dijo el pa-
dre :

—I En cuál mejilla te dió el
bofetón ?

—En la izquierda—responde.

Entonces el padre dióla un bo-
fetón en la dereoha; diciéndola;

—Ya estás vengada! Dile a
tu esposo que, como él ha abo-
feteado a mi hija, yo he abofe-
teado a su mujer.

Seraín López.

—¿ A que no sabes por qué
hacen tantas iglesias los curas?

—¡ Hombre, no sé I

—Pues... ¡por que ya tienen
la teja!

F. L. M.—Ferrol.



CANA/

AGUA DE COLONIA
HIGIENICA
LA CARMELA
ELABORACION ESPECIAL
LOPEZ CARO

**INVENTO
MARAVILLOSO**

Para volver los cabello I
blancos a su color primi-
tivo a los 1^ dias de
darse una loción ditria.
Su acción es debida al
oxigeno de! aire, por lo
que constituye una nove-
dad. No mancia ni U
piel ni la ropa. La ca«
pa desaparece rá^iidacne-
te. Ojo con las unitacio-
nes y falsificacione«.

De venta en todas part»

LUBIATORI «
CASPE 52
BARCELONA

CORRESPONDENCIA

MUY TARTÍCUJ-AU

J. J. J. (Madrid).—Xo nos convencido su *Viaje a Carabaiichl*. Usted está obligado a hacer más.

Estratos (Carabaña). — El asunto de su *Dolor d' estómago* es un ouentecillo baturro que cae de viejo, y que ya ha hecho reír {y no mucho} a tres generaciones lo menos; Y con cosas así, no hay manera de que joi pongamos de acuerdo, queri(!) y carabaño amigo!

E. B. L. (ValladoHd).—Debe usted comprender que una narración que termina con un suicidio, no es cosa que este semanario pueda acatar digna-

Casa Moisés

GRANDES FANTASIAS
Fábrica de guantes piel

Füencarral, 74; Torrijos, 23

nente. Y, además, ¡qué estupidez la del héroe del cuento!...; Arrojar al paso de un tren por tener un callo!... ¡Y qué majadería la de la novia del héroe!... tAusentarse de Vaúdolid para no ver el disparate ferroviario de su adorado!... l Qué responsabilidad podía alcanzarla a ella porque el callo fuese tan doloroso?... ¡Desengañese usted : una novia moderna, al enterarse de que su futuro tiene callos, gracias cjue diga ¡caracotes!, y eso sieulu muy romántica!...

R. L. M. (Valencia).—Vamos a sacarle a usted de dudas con la mayor velocidad posiWc. *Pechóle: y su amiffo* deicansen en el cesto desde anteayer. *Ej pasmo ile Cercedilla* entra en turno riswTOSisino de putlicación. Y el dibujo ese de su paciente, que tanto interés le inspira a usted, lo fniardamos, en

bajillo se aproxima bastante 3 la perfección. Puede usted estar seguro de que éa logrado interesarnos altamente y de que, si no se publica, no será difícil jue otro consiga ese honor, a poco que se eaniere usted en perfeccionar las naturales condiciones que le adornan y que nosotros aplairrimos con demente entusiasmo y ruidoso frenesi. ¿ Hay quien dé más ?

P. P. P. (Madrid).—¿Por qué no se toma nstej la ligerísima molestia (que quizás le resulte comodidad) de enviar los dibujos en negro? Puede usted creer que lo esperamos casi con anhelante afán. Y además, que los dibujos así se publican más pronto ; y como suponemos que será eso lo que usted quiera, nos duele que esté usted perdiendo el tieoipo de un inodo tan be-duino.

S. T. A. (Salamanca).—lSa prosa tiene ligeras reminiscencias de Cafreria y estados adyacentes. Civilícese y charlaremos más despacio.

Tarquino (Sevilla).
i-i romance de Tarquino,
escrito de modo inculco.



El camarero.—Un momento, señor. La sopa que ha tomado usted, cera de setas o de judías?

El cUenie.—No lo sé; pero sabía a jabón.

El camarero.—Entonces, era de judías. La de setas sabía hoy a petróleo.

comienza por ser estulto y acaba siendo cochino.

Zoquete (Madrid). — ¡Y tanto!

C. D. R. (Burgos).
Lo siento, pero su cuento es un rotundo esperpento.

G. Y. Z. (Oviedo). —No publicamos imitaciones de los trabajos de nuestros colaboradores habituales, aparte de que la que usted manda se las trae, : Tanto, que si pudiera usted leerse a Mussolini, estamos seguros de que se acababa el Fascio en Italia! ¡Y Mussolini, desde luego, se acababa para siempre, porque es que no decía ni pio!

A. L. M. (Tenerife).—Dice iiejte en su dulce y galante carta :

“Le envío estas nial trazadas ■nrillas para que me haga la merced de r(g)asarlss y las jnz- «ue con sii habitual init>arcialida/J. Pero, sobre todo, hábleme con franqueza. O fi o no...”

Pues bien : ; no !

P. de R. (Coruña). — Su descompuesta composición, titu-

lada *AtiiCfr* y *celos*, y dedicada alevosamente a una distinguida .leñorita de esa localidad, chorra pesimismo, desesperación, misantropía, dolor de corazón (y de cabeza), sangre y exterminio. Sobran desgracias y falta ortografía, que es lo peor, ¡ En fin, que la cosa no tiene arreglo, ni en este mundo ni probablemente en el otro!...

¡Qué^e vamos a hacer! ¡Pa-ciencia !

Luis Camacho (Vigo).
El cuento de Luis Camadio, ¡qué.pena!, es un mamarracho.

D. J. L. (Madrid).—No publicamos esas *Quejas de un pre-*

Para Camisas a la medida

Madrid-Viena

Montera, 41, WADRID

so, por la sencilla razón de que no* queremos que el preso-lo sea usted: cosa que ocurriría indefectiblemente si las publicásemos.

Amós (Madrid). — ¡Amos, anda. Amos!... ¿Pero todavía crees que las cosas castizas le interesan a alguien ? [No seas indostánico v despierta, que estamos en el año 19.26!...

V. G. H. (Zaragoza).—lo de usted tampoco tiene valor ninguno. En cambio usted, al mandarnoslo, demuestra tener un valor de lo más heroico que anida en pedhos humanos.

P. V. (Murcia).—Aceptados ?U5 monos en su aljsoluta totalidad. Y ahora, una súplica que le dirigimos anhelantes; ¿ por qué no los hace de mayor tamaño? ¡Téngalo en cuenta para el incierto porvenir!

Muley Haffid (Madrid).
¡ Eso, querido Muley Haffid. es mejor que se lo cuente usted a! moro Muza I

Un gato de Madrid.—¡ Ni fu ni fa, querido minino !



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes* La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis: borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales» aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA — MAYOR, 1
MADRID =

BUEN HUMOR



—¡El médico nuevo es simpatiquísimo!!... Imagínate que ayer le oí decir que la carne de cerdo es un veneno,..

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASERO.-Madrid.